

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1868. — TOMO XXXI.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en París.

AÑO 27. — N° 798.

SUMARIO.

La guardia móvil; grabado. — **Revista española.** — **La familia real de Hanover;** grabados. — **Desórdenes en Charleroi;** grabados. — **Revista de París.** — **Poesías religiosas de fray Luis de Leon.** — **El Descendimiento;** grabado. — **El Joven ermitaño.** — **Puente metálico de la plaza de Europa;** grabado. — **El ferrocarril del Pacifico;** grabados. — **Debe y haber,** novela escrita en alemán por **Gustavo Freitag.** — **Problemas de ajedrez;** grabado. — **Incendio de la estación del ferrocarril de Tolon;** grabado.

La guardia móvil.

Hé aquí los uniformes de la guardia nacional móvil que, con arreglo á la ley últimamente votada por el Cuerpo legislativo, se debe establecer en Francia. El kepi es azul, con franja garance, la escarapela está sostenida por una presilla garance, y el plumero es verde de plumas de gallo. La levita, no ajustada, es de paño azul, con bocamangas y cuello encarnados, cartera de paño azul en el hombro, y vivo garance. En esta levita

se ven dos hileras paralelas de cinco botones y bolsillos por delante, el de la derecha forrado de cuero para recibir cartuchos. El pantalon es de paño gris azulado con banda garance. Los oficiales llevan el lazo húngaro en los brazos. Es de rigor la corbata de algodón azul. La artillería tiene igual corte de uniforme; pero lo que es garance en la infantería, es escarlata en la artillería, y el pantalon, en lugar de ser gris con banda garance, es el actual pantalon del ejército, azul, con dos bandas escarlatas. Tal es el brillante uniforme de la nueva guardia nacional móvil. J. C.



Uniformes de la guardia nacional móvil.

H. D. O'NEIL SCOTSE FRA

Revista española.

Lamentaciones. — *La Levita*. — Un gran triunfo escénico. — *La Varita de virtudes*. — *El Fantasma del pasado*. — Los cafés-teatros. — Un gran poeta. — *Stabat Mater*. — Pensamientos. — Un poeta que llora y rie. — El fin de la revista.

Si llevara á mis lectores á los círculos sociales, no lograría otra cosa mas que entristecerlos: en todas partes se oyen lamentos.

— ¡La cosecha es mala! dicen unos.

— ¡El pan se sube! añaden otros.

— ¡Las rentas disminuyen!

— ¡El dinero anda oculto!

En fin, esto da lástima.

Y para no comunicar á Vds. el mal humor que este color de los horizontes proporciona, voy desde luego á hablar de arte y de letras.

El teatro español se ha enriquecido con una obra cuyo título irá unido á la justa y brillante reputación de su autor.

Enrique Gaspar ha realizado las esperanzas que hizo concebir á cuantos vieron sus primeros ensayos.

A la flor ha seguido el fruto.

Las Circunstancias fueron un paso atrevido: *la Levita* es un paso mas. El poeta no se ha equivocado: en vez de entrar en un anfiteatro de anatomía, ha penetrado en el templo del arte, le ha sentido, y ha visto la verdad á su luz. Su triunfo es justo, y yo le envío mi entusiasta parabien.

Observador de la verdad, amante de ella, no la pierde de vista un solo instante, la sorprende hasta en sus mas abyectas debilidades, la persigue con encarnizamiento, y la convierte en su ídolo.

Como no la teme, se olvida de que es un fantasma aterrador para la sociedad, y se la presenta al público desnuda, con rudeza, con energía.

Esta resolución, este valor, tienen gran mérito; pero son peligrosos, porque no siempre tiene el enfermo valor para mirarse en el espejo, porque al sondar una herida se hace daño.

— ¡Hay cosas que no deben presentarse en escena! dicen algunos espectadores.

Yo creo que todo, absolutamente todo, cabe en el teatro: la cuestión está en el modo de presentarlo. Esta es la diferencia que hay entre la naturaleza y el arte, entre la fotografía y el pincel.

En su última obra ha arrojado Gaspar á la cara del público una verdad, una gran verdad, una verdad dolorosa. Ha rasgado las vestiduras con que la vanidad oculta las infamias de la pobreza vergonzante, y ha exhibido la llaga.

Pero esta vez no se ha contentado con mostrarla aislada en un reducido y horroroso cuadro. Ha hecho una composición, ha agrupado en torno de una verdad terrible otras verdades bellas, ha templado el dolor con la alegría, la infamia con la virtud, ha derramado la inspiración su luz sobre el cuadro, y ha hecho una verdadera obra de arte.

Esto ya es otra cosa: la belleza ha recibido su tributo, y no es ingrata. El filósofo ha sentido: el autor dramático se ha completado.

La Levita, ha dicho al público, es el fastuoso ropaje con que la pobreza soberbia recorre la escala del crimen; pero también laten bajo ella corazones honrados, y para demostrarlo, ha ideado esta fábula:

Cesáreo y Emilia, que viven en Zaragoza de sus rentas, deseosos de figurar, abandonan su casa, él se mete en política, y cuando triunfan los suyos, le nombran secretario de un gobierno civil. Al caer la situación que le ha encumbrado presenta la dimisión de su destino, y como aunque ha perdido el sueldo conserva la categoría, tiene necesidad de ir desprendiéndose poco á poco de sus bienes para sostener su posición de ex-secretario.

En tan apurado trance, gasta sus últimas monedas en venir á Madrid, en donde obtiene, sin duda en comisión, un empleo de diez mil reales en el tribunal de Cuentas.

Los esposos y su hija Isabel, jóvenes angelical de diez y ocho años, viven en la corte, sacrificando á la exterioridad no solo las apremiantes necesidades del estómago, sino hasta los sentimientos de su alma.

Cesáreo es bueno, ama á su esposa é idolatra á su hija; pero cree conocer el mundo, y piensa que si revela su verdadera situación, le volverán la espalda sus amigos. Y opta por dar á un usurero un tanto por ciento á fin de que le adelante la paga, y tiene á su mujer y á su hija condenadas á vivir en la escasez, encubriendo él con su levita, y ellas con sus vestidos de seda, la pobreza y el sufrimiento.

Con elementos todos para ser felices, su vida es un infierno; la sonrisa que ante el público está siempre en sus labios, oculta un ¡ay! eterno que el dolor arranca á su alma.

Enfrente de su casa tiene una lonja el señor Valeriano, rico y honrado tendero que se ha prendado de los encantos de Isabel. Los padres de la joven lo han notado y se insinúan algo; pero la niña, que sin tener vanidad no puede acostumbrarse á ver lo bello ideal del hombre bajo la forma de un comerciante de ultramarinos, se enfada con las bromas que le dan sus padres, quitándoles toda esperanza de esta unión.

El tendero les ha visitado tres ó cuatro veces en el

espacio de un par de días, so pretexto de examinar la casa que está de venta; pero al fin y al cabo llega un día resuelto á confiar el propósito que le ha inspirado Isabel, y á pedir su mano.

En aquella escena contrasta la opinión que acerca de la vida tiene Valeriano, con las teorías que proclaman los padres de Isabel.

El comerciante odia la falsa ostentación. Es rico, y sin embargo, vive modestamente. En pocos años, desde el humilde puesto de criado, recorre la escala, y pasando á ser mancebo, se convierte en dueño de la tienda, porque con sus ahorros se la ha comprado á su amo.

La economía y el trabajo le han proporcionado recursos para fabricar una casa, y al presentarse á los padres de Isabel á pedir su mano, cuenta con un capital de 30,000 duros.

Parécete la Providencia que se entra por las puertas de su casa; pero Cesáreo no puede menos de recordar la diferencia de clases que existe entre los dos, y aplazan su respuesta.

Es importante un detalle que he olvidado, y que desarrollándose al mismo tiempo que la acción, viene á ser, por decirlo así, su síntesis, y constituye las principales bellezas artísticas de la obra.

Isabel desea vivamente poseer la música del bolero de la *Tertulia*, para aprenderla y tocarla al piano, y su padre, al volver de la oficina, la sorprende agradablemente con la música que desea.

La niña, ávida de aprenderla, se ha retirado á estudiarla. Mientras tiene lugar la escena en que Valeriano confía sus sentimientos á sus padres.

El giro que toma la conversación le obliga á pintar con vivos, aunque rudos colores, á esa clase de la sociedad que los tenderos conocen mejor que nadie, clase cuyos individuos no tienen inconveniente en cometer toda clase de bajezas y de infamias por aparentar á los ojos del mundo una posición que no tienen.

Tres son los grados de la escala que recorren estos pobres de levita, y al irlos á explicar, viene Isabel, gozosa porque ya sabe la primera parte del bolero.

Tiene tres partes, y cada una de ellas le sirve á Valeriano para indicar los pasos de la degradación que dan los que quieren y no pueden.

El primer paso es carecer de recursos para enviar á la tienda por comestibles, lo que les obliga á vivir al fiado. Por este camino llegan á empeñar sus ropas y alhajas, á venderlas, que es la segunda parte del bolero; y por último, acaban cometiendo los mas vergonzosos, los mas abominables delitos.

En lo mejor de su conversación les sorprende un señor don Manuel, que ha sido administrador de rentas en la misma provincia donde desempeñaba Cesáreo las funciones de secretario del gobierno civil; hacia ya muchos años que no le han visto, y como les supone todavía en buena posición, para no destruir su creencia le hacen los mayores ofrecimientos, y le prodigan toda clase de obsequios.

Hay que advertir que Cesáreo tiene por todo capital tres pesetas.

Don Manuel acaba de llegar á Madrid, ha ido á verlos antes de hospedarse, aun no ha almorzado, y su amigo manda á buscar al café inmediato jamón y algunas frioleras para que tome un tente en pie.

Mientras almuerza don Manuel, cuenta que está formando una sociedad de préstamos reintegrables, y añade que ha buscado á Cesáreo con el objeto de encargarle de la secretaría general de la sociedad, dotada con treinta ó cuarenta mil reales.

La única condición que para obtener el empleo se le exige, es que tome cierto número de acciones, por haberse dispuesto que se repartan los cargos mas importantes entre los accionistas.

Cinco mil duros empleados en una sociedad que promete pingües ganancias, pueden darle además una posición brillante, un sueldo suficiente para cubrir sus atenciones y salir de la vergonzosa situación en que se halla. Pero como no tiene los cinco mil duros y no quiere dar su brazo á torcer, dice que ha impuesto su capital á plazo fijo, y que lo menos en algunos meses no podrá disponer de su dinero.

Desde luego se propone pedir aquella cantidad á Valeriano, y esto basta para inclinarle á unirle con su hija.

Don Manuel cuenta que su equipaje se ha extraviado, para excusar la pobreza de su traje y su falta de dinero. Cesáreo gasta sus únicas tres pesetas en obsequiarle, sin que esto le detenga para ofrecerle nuevos convites.

Solos marido y mujer, indica ella que pida su paga adelantada; pero poco antes ha recibido un oficio, en el que le comunican que ha quedado cesante.

La criada pide dinero para ir á la tienda, y careciendo de recursos, « compra lo necesario, le dicen, que ya se pagará, » y se lo dicen precisamente en el momento en que Isabel toca la primera parte del bolero.

Hé aquí al autor dramático en toda la plenitud de sus facultades.

El resto de la acción se reduce á los apuros en que se ve Cesáreo por aparecer á los ojos de su amigo como un hombre de buena posición.

Hay una causa principal, entre otras, que le mueve á obrar de aquella manera. Un antiguo empleado que habia servido á sus órdenes, reducido á la mayor miseria, habia aceptado una plaza de cobrador de una casa de comercio, dotada con ocho reales diarios, y por las noches, con otros varios artistas desgraciados, formaba parte de una murga tocando el clarinete. Con lo que estas dos ocupaciones le producían, atendía á las nece-

sidades de sus cuatro hijos; pero todos sus amigos le desprecian, y el temor de que le sucediera lo mismo, le impulsaba á engañar á la sociedad.

Pero su tormento y el de su esposa son horribles.

Han invitado á almorzar al día siguiente á don Manuel, y no tienen en su casa lo indispensable para poder llevar á una persona al comedor.

Cesáreo y don Manuel vuelven: los dos, para matar el tiempo, han ido al Casino; allí se han visto obligados á jugar los dos, ¡extraña coincidencia! se habían olvidado del dinero, pero Cesáreo ha encontrado un amigo que le ha prestado mil reales, y al paso que don Manuel ha ganado cinco duros, él pierde cincuenta. Tiene que pagarlos indispensablemente aquella misma noche, so pena de pasar por un petardista.

En este apuro, no encuentra mas ánclora de salvación que el matrimonio de su hija con Valeriano.

No quiere sacrificarla, pero casarla con aquel hombre, no es imponerle un sacrificio, sino labrar su felicidad.

Llaman á la niña, la comunican sus propósitos; Isabel rechaza la proposición; pero al saber que sus padres están en la pobreza, y que solo de aquel modo puede salvarles, se resigna, se sacrifica, y les pide que aceleren su boda.

Valeriano llega, le comunican tan fausta noticia; Cesáreo se atreve á suplicarle que imponga en la sociedad de su amigo los cinco mil duros, para que él pueda obtener el empleo de secretario, y le pide además dos mil reales prestados.

Valeriano acaba de cobrar dos mil quinientos reales, y se los entrega.

Con dos mil reales puede salir de apuros, y á pesar de la angustia de su alma, dispone con don Manuel ir aquella noche al Teatro Real á oír cantar una ópera.

Don Manuel, que ha ido preparando el trueno con mucha sagacidad, se despide para visitar á un pariente, á quien se propone pedir una cantidad que necesita.

A poco vuelve indignado, manifestando que el tal se ha negado á darle el dinero que le ha pedido. Por lo tanto, se ve precisado á recurrir á la amistad, y los dos mil quinientos reales que acaba de recibir Cesáreo de manos de Valeriano, pasan á las de don Manuel.

Nuevos apuros. ¿Cómo pagar los mil reales que debe? ¿Cómo comprar las localidades para el teatro?

Un niño de ocho á nueve años se presenta á verle con una carta.

Aquella carta es del pobre empleado convertido en cobrador y clarinete de murga, el cual le manifiesta que ha perdido quinientos reales que le mandaron cobrar, y le pide esta cantidad á Cesáreo para que le salve de aquel compromiso, de aquella situación que puede robar para siempre el pan á sus hijos.

Esta carta la presenta uno de estos precisamente en el momento en que todos van á salir al teatro. Don Manuel entrega á Cesáreo la moneda de cinco duros que ha ganado, para que se la dé de su parte.

Valeriano, que está presente, se acerca también al padre de Isabel, y le da quinientos reales para que salve al infeliz padre de familia.

¡Terrible lucha se levanta en el corazón de Cesáreo! Con aquellos quinientos reales puede pagar las localidades del teatro, puede convidar al día siguiente á don Manuel, y acercándose al niño:

— Toma, le dice, dándole la moneda de cinco duros; toma, y anuncia á tu padre que mañana le llevaré el resto. La levita le obliga á cometer una infamia horrible, sí, pero inverosímil desgraciadamente.

En aquel momento se oye en la puerta de la calle una murga.

Es la víspera de los días de Cesáreo, y el pobre amigo á quien acaba de socorrer, llega á felicitarle.

— Es la tercera parte del bolero, exclama Isabel con horrible ingenuidad.

Este solo momento de la obra bastaría para justificar la reputación de autor dramático que últimamente ha conquistado Enrique Gaspar.

Valeriano ha ido á visitar al pobre cobrador, y ha averiguado la estafa.

Habiendo obtenido la mano de su hija, no le han invitado aquel día al banquete que va á celebrarse en la casa, desconfiando de su dicha, y atribuyendo el consentimiento de Isabel, mas que á cariño, á especulación, llega á casa de los padres de la niña, y les pide que le concedan una entrevista con ella.

La escena de los dos es una obra maestra. Valeriano, que aunque vulgar en su exterior, tiene talento y corazón, confía sus temores á Isabel, le explica sus deseos, sus sentimientos, el amor que le inspira la joven, y ella, que creía hacer un sacrificio, al conocer á fondo á aquel hombre que la ama de verdad, que solo anhela su ventura, que posee cualidades para hacer la felicidad á una mujer, es leal, es sincera.

— Antes de conocerle á Vd., le dice, iba á sacrificar-me; hoy llamándome la esposa de Vd., seré la mas feliz de las mujeres.

Y hay en aquella escena, al lado de alguna frase mas ó menos conveniente, una revelación por parte de Isabel, que aunque parece vulgar, trivial, mezquina, constituye una de las principales bellezas de la obra.

— No le han invitado á Vd. mis padres á comer con nosotros, le dice, porque no hay en casa mas que cuatro cubiertos.

Cesáreo y su esposa, en el colmo de la desesperación, se resuelven poner término á aquella vida de zozobra y de angustia, á arrojar de una vez para siempre la máscara, y á no sacrificar á su hija.

Pero Isabel ama ya á Valeriano.
Este, que está seguro de que don Manuel es un estafador, un miserable que oculta tambien con la levita la segunda y acaso la tercera parte del bolero, le descubre á los ojos de Cesáreo, y poniéndole delante aquel ejemplo, acaba de decidirle á mudar de vida.

La leccion está dada.
¡Cuánto talento! ¡Cuánta y cuán fina observacion revela esta fábula! Desarrollada al calor del sentimiento artistico, tenia que dar por resultado una joya para el teatro, un gran triunfo para su autor.

Me he extendido mas de lo que quería; pero la obra lo merece y he querido que los lectores del *Correo de Ultramar* conozcan su argumento.

Las demás novedades teatrales son de escasa importancia.

La *Varita de virtudes*, zarzuela de magia que se representa estas noches en el teatro de Jovellanos, constituye un espectáculo digno de llamar la atencion.

El argumento de la zarzuela no habrá puesto en prensa la imaginacion de su autor; unas cuantas reminiscencias; personajes tan limpios como Lúcas Gomez, tan distinguidos como Lepe y la vieja del Candilejo, un tutor, una pupila, un pinfor y dos figuras alegóricas, la Constancia y la Presuncion, constituyen la accion y las figuras principales.

Todo está reducido á que el tutor, el sabio Lepe y la vieja del Candilejo se conjuran contra don Lope, que ama á la pupila, y Lúcas Gomez que escamotea al sabio la Presuncion. Pero la Constancia, que es en la obra un papel mojado — siempre vive en el agua — favorece al amante, y con esto el episodio de las siete ventanas, un adviervo sublime y un chiste basado en los cuernos de la abundancia, ha salido el autor del compromiso.

Aparte de esto, el aparato de la obra merece la pena de que la gente abandone los teatros-cafés para ir á ver en la zarzuela un lujo escénico como no es costumbre ver en los teatros de Madrid.

En Novedades se ha estrenado con extraordinario éxito un drama de los señores Valcárcel y Bedmar, titulado el *Fantasma de lo pasado*.

Esta obra excitaba una viva curiosidad por haber inspirado distintas opiniones á los que habian oido su lectura: el público que asistió á su primera representacion admiró los brillantes fragmentos de versificacion que la engalanan, los bellos pensamientos que la enriquecen, y las interesantes y dramáticas situaciones que la constituyen.

Sus autores, inspirándose en las obras de Shakespeare y Goethe, que preparan el romanticismo, han hecho un drama en el que lo real y lo ideal se sustituyen y se confunden. Hace algunos años su triunfo hubiera sido un acontecimiento: hoy, el gusto busca en el teatro otro orden de bellezas.

En el *Fantasma de lo pasado* hay grandes movimientos de pasion, gran colorido de época, situaciones de un interés palpitante, caracteres inspiradamente trazados, Dumfor, Malvina, Arturo, Mary y Darlesky, son figuras admirablemente pintadas, la accion despierta un interés vivísimo, pero aunque el diálogo es una filigrana, aunque tiene momentos de verdadera poesia, el carácter de la obra recuerda aquellas que en los primeros dias de la juventud nos hicieron inolvidables los títulos de *el Campanero de San Pablo*, *Lázaro ó el pastor de Florencia*, *la Hermana del Carretero* y otros.

Vamos á hablar ahora de un espectáculo que está en todo su apogeo, el de los teatros-cafés, cuyo perfil he regalado á mis lectores en otras revistas.

La casualidad me ha llevado una de estas noches al *Teatro del Recreo*, que es un apéndice del café del mismo nombre, aunque mas bien parece el café tributario suyo.

— No hay gente en los teatros, dicen á todas horas los aficionados; las galerías están desiertas: ¿dónde se mete el público?

— ¿Dónde? En los teatros-cafés.
El del Recreo, adonde la casualidad me ha llevado, es un elegante salon cuadrilátero con diez ó doce filas de lunetas á la antigua, que se llaman butacas, cuatro palcos-plateas á cada lado, una especie de anfiteatro, y en el piso superior seis ú ocho palcos y galerías.

El escenario es bastante espacioso, casi tan grande como el de Variedades.

Las funciones constan de cuatro ó cinco actos; generalmente son piezas. Toda persona que hace consumo en el café por valor de real y medio tiene derecho á ver un acto. Le entregan su billete, ve su pieza y se marcha, ó toma otro billete. Los billetes solos, los billetes que se toman en el despacho, cuestan un real.

Resulta, pues, que el que tiene que hacer á las nueve, por un real asiste á una comedia, si quiere ver dos, con 50 céntimos sale del paso. Por cuatro ó cinco reales pasa toda la noche divertido en una butaca.

Esto, como se ve, ofrece grandes ventajas.

— Las comedias se ven aquí lo mismo que en el teatro, decia un espectador.

— Y está una en butaca dándose tono sin tener que vestirse, añadía una espectadora.

— Y cuando uno quiere se marcha, sin perder el dinero como en los teatros de verdad, continuó un viejo aváro.

Claro es que los actores no son de primer orden ni con mucho; pero en cambio tienen allí en el público admiradores entusiastas.

Yo vi un acto de *la Mujer de un Artista*, el primero. Salió un actor y resonó una salva de aplausos, pero aplausos sinceros.

Alli no habia literatos: todos los espectadores eran entusiastas, reian y celebraban las gracias del gracioso, comentaban la apostura y los movimientos de la dama... En cuanto al galan... parecia su ídolo:

— ¡Qué de aplausos! ¡Qué de carcajadas! ¡Qué interés! ¡Qué silencio!

Y al final, ¡con qué buena fe llamaron á los actores y qué aplauso tan unánime al verlos!

— ¡Se ha conmovido el galan! decian unos.

— ¡Qué bien ha estado ella! añadian otros.

— A mí quien me ha gustado mas es el gracioso.

— ¡Son muchachos de genio!

Yo encontré allí á ese público que falta en los teatros, á esos espectadores que odian al traidor, aman al galan, lloran con la dama y sienten deseos de proteger á la dama y al galan jóvenes; á ese público que insultaba al padre Froilan en *Carlos II el Hechizado*, que se sabe de memoria la confesion de *el Rey monge*, el sueño de *el Trovador*, la escena amorosa de *Don Juan Tenorio* y alguna que otra de *el Zapatero y el Rey*, *el Puñal del godo* y *Verdugo y sepulturero*.

Alli, en los teatros-cafés ó en los cafés-teatros, es en donde se mete, donde pasa la noche, donde se divierte. No en vano se temia que este espectáculo llegaria á ser fatal para los teatros. Mientras era el escenario un accesorio del café, habia algun derecho, fundado en el decoro mas que en otra razon, para sacar las representaciones dramáticas de tan triste estado. Hoy son teatros, de cuarto ó quinto orden, pero teatros, los que luchan con los principales; hoy es mas difícil vencerlos.

Dos poetas han coleccionado sus poesias: Bernardo Lopez García y Mariano Chacel.

El primero es un poeta de genio, el segundo un poeta de corazon.

Voy á formar un ramillete con algunas de sus inspiraciones.

El sentimiento de la religion inspira á Lopez García cuadros bellísimos.

Hé aquí un fragmento de su *Stabat Mater*.

.....
El templo todo es dolor
Negra el ara; poca luz;
Sobre el sacro altar la cruz
Sosteniendo al Redentor.
Al pié de la cruz... María...
Cerca, el sacerdote implora;
Allá en las tinieblas, llora
El órgano una armonía.
De las campanas al son
No se mezcla en el lamento,
Por no turbar en el viento
Los ecos de la oracion;
Y la luz que ante el altar
Mal á la sombra resiste,
Está tan triste... tan triste...
¡Que no se atreve á alumbrar!...

Las primeras redondillas de la poesia *la Fe y la Razon* son notabilísimas, si no por su forma, que deja mucho que desear, por el valentísimo pensamiento que encierran.

Oid al poeta:

.....
Cuando la cruz coronó
A la cúpula valiente
Que Miguel Angel potente
Sobre el templo levantó,
Dios que escuchaba al cincel
Mas cercano cada dia;
Dios que las piedras veia
Subir, subir hasta Él;
Al ver la mole arrogante
Suspensa en mitad del cielo,
Contemplando el raudo vuelo
De aquella creacion gigante;
Al ver cómo hasta su pié,
Soberbio el templo se alzó,
¡Quién llega hasta mí!... gritó,
Y el templo dijo: — ¡La Fe!

En su *canto á La Religion* retrata la decadencia de Roma pagana.

Hé aquí este precioso fragmento:

.....
Roma en amplio sudario
De columnas y pórticos, cubria
La lepra de su infamia; el ancho seno
De la augusta matrona
Que sustentó del mundo la corona,
Manaba sangre y cieno.

Los bárbaros placeres,
Las termas, excitantes al deseo,
Los jueces mercaderes,
Los siervos miserables
Tendidos en el ancho coliseo,
Amarradas las manos,
Y sin odio, ni amor á sus tiranos.
La Fulvia cortesana
Que cual mármol de Atenas,
El pecho libre, la nariz ardiente,
Suelto en anchas cadenas
El lúbrico cabello, vil é impura
Entre quiritas, jueces y señores,
Tasaba su hermosura.
Senadores venales
Vendiendo su poder; la piedra santa
De la antigua familia, desprendida
Del sagrado recinto al peso rudo
De tanta bacanal; pálida y yerta
La estatua del pudor; al pueblo mudo
Su tribuna magnífica desierta.
La gula coronada
Como el único Dios; junto á su solio
El suicidio sombrío
Erigido en virtud, mirando inerte
Sobre su altar impío,
Espléndidas ofrendas á la muerte.
La justicia de Bruto
Sin fuerza ni esperanza; el Capitolio
Cobarde ante otro Breno;
La toga de los Césares flotando
Desde Claudio hasta Galba, ó sobre el seno
De impúdica Cenobia, que en injuria
Al esplendor de su poder profundo
Abrasaba con llamas de lujuria
La corona del mundo.
Cual Babilonia, Ninive y Sodoma
Sin freno y sin decoro,
Agonizaba miserable Roma,
En tumba colosal de jaspe y oro.

En América, donde aun tiene la verdadera poesia adoradores, hallará de seguro admiracion y aprecio el libro de Bernardo Lopez.

El de los *Cantares* de Chacel es de otro género. Hay en él algo de Byron y algo de Trueba. Si se quieren conocer las dotes del poeta, veamos lo delicado de su estilo con el primero de los cantares de *color de aurora*.

Lo mismo que en el valle
Nacen las flores,
Se forman en el alma
Las ilusiones.
Lo mismo crecen,
Lo mismo se marchitan,
Lo mismo mueren.

Juzgue el lector y vea en el siguiente, si hay naturalidad y ternura:

Ayer me acordé de tí,
Cogí una flor, la di un beso
Y diciendo « para ella, »
La di deshojada al viento.

Otro del mismo género es el que dice:

En la nieve tu nombre
Dejé grabado,
Y el sol de la mañana
Salió á borrarlo.
Si el mio amas
No lo escribas en nieve
Sino en el alma.

Entre los azules y amarillos es muy profundo este:

Tus ojos azules
Me están diciendo
Lo poquito que cuesta
Ganar el cielo;
Pero me callan
Cuánto me costaria
Ganar el alma.

Conmovedor y sublime es el cantar que dedica á su querida madre.



El rey y la reina de Hanover.



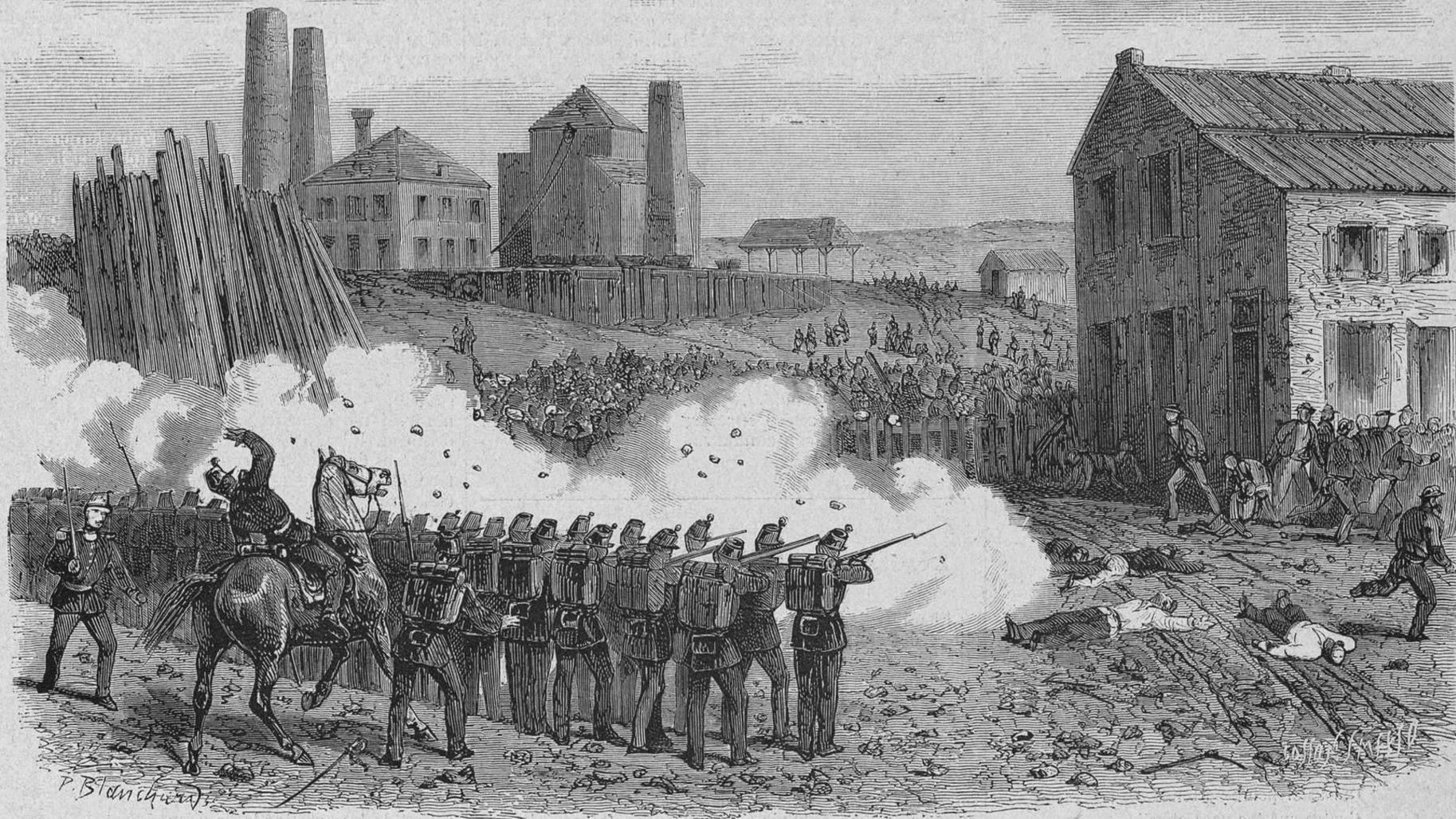
La princesa Federica.



El principe Ernesto Augusto de Hanover.



La princesa Maria.



BELGICA. — Desórdenes de Charleroi. La tropa haciendo fuego contra los mineros amotinados



BELGICA. — Desórdenes de Charleroi: La señorita Gerard deteniendo á los amotinados en el pozo del Hazard.

Vuela pensamiento mio,
Que está muy lejos mi patria,
Llévala un beso á mi madre
Y enjuga con él sus lágrimas.

La idea que ha formado en su mente de la triste condicion humana, no puede ser mas exacta ni fisiológica, cuando al hablar de la vida dice los siguientes :

Ayer sobre una losa
Del cementerio,
Dejé un ramo de flores
Como recuerdo;
Quizá mañana
Alguien sobre la mia
Vaya á dejarlas.

Un viaje es la vida
Que en tren directo
Desde el pié de la cuna
Todos hacemos;
Lleva mil coches
Y un sin fin de perreras
Para los pobres.

El amor del poeta apasionado y profundo, nos lo da bien á conocer.

Por depositarlo en tí
Robé á mi madre el cariño,
No me consueles si lloro
La ingratitude de los hijos.

Y por último hay otro que es muy sencillo, pero muy verdadero como todos saben.

No te aflijas si tu amante
No te escribe este correo;
Quizás el pobre no tenga
Cuatro cuartos para el sello.

Mas feliz yo que este amante, puedo enviar á mis lectores franqueada mi revista de marzo.
Veremos abril qué tal se presta.

JULIO NOMBELA.

Madrid 31 de marzo de 1868.

La familia real de Hanover.

No hace mucho tiempo hablamos de las fiestas que tuvieron lugar en Hietzing para celebrar el vigésimoquinto aniversario del casamiento del rey de Hanover, interesante solemnidad de familia que fué á la par una manifestacion política muy significativa.

No obstante las amenazas de la policia prusiana, no obstante el rigor con que los agentes del rey de Prusia ejercen su autoridad en las provincias anexadas, se presentaron en Hietzing mas de dos mil hanoverianos pertenecientes á todas las clases sociales, que quisieron celebrar el aniversario y ofrecer á su rey la seguridad de una adhesion que ha sobrevivido á sus desgracias.

Hoy damos los retratos del rey de Hanover, de la reina de Hanover y de sus tres hijos.

Jorge V, rey de Hanover, príncipe real de la Gran Bretaña y de Irlanda, duque de Cumberland, duque de Brunswick-Lüneburgo, nació el 27 de mayo de 1819, sucedió á su padre, el rey Ernesto Augusto, el 18 de noviembre de 1854, y contrajo matrimonio, el 18 de febrero de 1843, con la princesa Alejandrina María Federica de Sajonia Altenburgo, hermana de la gran duquesa Constantina de Rusia.

El rey Jorge V descende de aquella familia de *Welfes*, que es la mas antigua de los príncipes de Europa. Por lo tanto, es un rey legitimo en toda la acepcion de la palabra, pero hay en su posicion la particularidad de que si no fuese rey por derecho de nacimiento y por derecho público, lo seria infaliblemente por las aclamaciones del pueblo sobre el que ha reinado hasta el dia en que los prusianos le derrocaron mediante la violencia.

Pocos reyes han sido mas queridos por sus súbditos. Sin la fuerza prusiana, Hanover natural y espontáneamente llamaria otra vez á Jorge V. Los prusianos lo saben y lo confiesan, y así sucede que ya va á hacer dos años que ocupan militarmente el reino de Hanover, y sin embargo, no están mas adelantados que el primer dia. Reconocen que bastaria el menor acontecimiento para levantar contra ellos todo el pais y expulsarlos del territorio.

Sabido es que la reina no salió de Hanover al mismo tiempo que el rey y el príncipe real, sino que se quedó

en el pais con sus dos hijas, aun despues de la invasion prusiana, juzgando que estaba en el deber de no retirarse sino en el último extremo y ante la fuerza. Habia establecido su residencia en el palacio de Marienburgo, cerca de Hanover, y el gobierno prusiano la impuso los mas indignos vejámenes. Estaba rodeada de espías, abrian sus cartas y registraban á las personas que iban á visitarla. Todo lo soportó con la paciencia y resignacion de una santa, pues pensaba fundadamente que si debia salir de Hanover, era preciso que el gobierno prusiano cargara con la responsabilidad de su expulsion, á los ojos de la Europa. Finalmente, obligada á abandonar el pais, puede decirse que la escoltaron á su destierro las lágrimas de todo un pueblo.

La reina tiene tres hijos: el príncipe real Ernesto Augusto, nacido el 21 de setiembre de 1845; la princesa Federica, nacida el 9 de enero de 1848, y la princesa María, nacida el 3 de diciembre de 1849.

Toda esta augusta familia vive hoy retirada en Hietzing, cerca de Viena. El gobierno prusiano acusa á los agentes del rey Jorge V de que mantienen la agitacion en el reino de Hanover; pero lo cierto es que el rey destronado debe ocuparse mas en calmar las impacencias y los sentimientos de sus súbditos que en excitarlos.

El porvenir no es dudoso. Cuando un rey no ha sido desterrado sino por la violenta intervencion del extranjero, todo conspira en favor de la restauracion de su trono. No habrá en Europa una conmocion que no redunde en su beneficio. Todos los hombres previsores ven próximos grandes sucesos, y el rey de Hanover puede esperarlos con confianza. G. D.

Desórdenes en Charleroi (Bélgica).

El miércoles 25 de marzo los trabajadores de la hulla del Gouffre, en Chatelneau, se declararon en huelga, y aunque al principio no fué aquello mas que una efervescencia que se creyó estaria calmada al dia siguiente, llegado este dia hubo por el contrario un choque, que hizo cundiera la rebelion y se multiplicaron por todas partes los desórdenes.

La irritada muchedumbre de los operarios principió por perseguir á los gendarmes, y á no dudarlo les hubieran alcanzado á no llegar en aquel acto en un tren especial, procedente de Charleroi un batallon del regimiento de línea núm. 11º.

Apenas se hubo apeado esta tropa, trasladóse inmediatamente al sitio del motin, y acometió á las turbas que se dispersaron en el acto.

Al dia siguiente colocáronse algunas partidas de caballería á la entrada de los principales establecimientos de Chatelneau y de Couillet, en el puente de Sambre, en la estacion del ferro-carril y en las minas de carbon de Boubier, etc.

A las dos llegaba de Namur un batallon de infantería, y al cabo de media hora comparecieron además dos escuadrones de caballería que se diseminaron por Chatelneau, y organizaron patrullas por la noche.

A las ocho de esta llegaron de Namur nuevas tropas de caballería, mas como se habia restablecido ya la tranquilidad, prosiguieron su camino y llegaron á Charleroi á las nueve de la misma noche. Al mismo tiempo habian partido tropas de Bruselas, al mando del general Thibaut, encargado de dirigir las operaciones. Los operarios volvieron á entregarse al trabajo en los dos pozos del Gouffre, punto de partida de la revuelta.

En el momento de llegar á Chatelneau el primer batallon del 11º regimiento de línea, dispersó con el auxilio de los gendarmes á los amotinados del pozo de la *Espina*.

Mientras se trababa una refriega detrás de la iglesia de Chatelneau, una parte de los amotinados de la mina de Sebastopol, dejando á sus camaradas que luchasen con la fuerza armada, se organizaron en dos partidas, las cuales una tras otra ó simultáneamente penetraron en los pozos números 3, 5, 7 y 8 del Gouffre, hicieron subir á los trabajadores que se hallaban en ellos, é interrumpieron los trabajos en los puntos donde aun no se habian suspendido.

Desde allí, esas dos partidas, tras las cuales iban los operarios del Gouffre por mera curiosidad, penetraron por distintos puntos en los establecimientos de la sociedad anónima. Esto sucedia entre nueve y diez de la mañana. Los amotinados, sin duda con el objeto de provocar á los trabajadores de las fábricas, pusieron en movimiento una máquina de vapor, é intimaron luego á esos operarios que dejaran el trabajo.

Para evitar un conflicto, los mayordomos de esos establecimientos dijeron á los trabajadores que accedieran á lo que de ellos se exigia, á pesar de lo cual, no satisfechos aun los amotinados, hicieron trizas, antes de retirarse, todo cuanto encontraron á mano, rompiendo los cristales de las fábricas y saqueándolo todo. De allí pasaron al molino de vapor, cuyos cristales rompieron tambien. Iguales destrozos causaron luego en las fábricas de MM. Dorlodot, donde obligaron asimismo á suspender los trabajos. Esas turbas devastadoras se entregaron á idénticos excesos en los establecimientos de MM. Dumont, Gallez, etc.

Estas tristes escenas duraron hasta cerca de medio dia. En todas las fábricas de Chatelneau quedaron interrumpidos los trabajos, quedándose con los brazos cruzados de dos á tres mil pacíficos operarios,

Los fautores de tamaños desórdenes que pertenecian á la mina de Sebastopol del Trien-Kaisin, no estaban aun satisfechos, y abandonando cerca de medio dia á Chatelneau, donde desde entonces empezó á reinar la tranquilidad, dirigiéronse por la carretera real de Gilly á las minas de carbon de la *Espina*, y allí volvieron á entregarse á nuevos excesos é intimaron al maquinista que hiciera subir á todos los trabajadores de aquel pozo, como así lo hizo.

Entre tanto las tropas de Charleroi que se hallaban sobre las armas en los cuarteles, recibieron cerca de las once y media la orden de trasladarse á Gilly, donde habian aparecido algunos síntomas de revuelta, y en seguida partió un batallon del regimiento núm. 11º, al mando del mayor Quenne.

Al llegar á la *Espina* pasaron algun tiempo sin atacar á los amotinados, sufriendo con paciencia los insultos que les dirigian.

La multitud se componia principalmente de curiosos y de personas inofensivas, cuyo número crecia por momentos. Sus jefes, que se hallaban animados de sentimientos hostiles, creyéndose con fuerzas bastantes para atacar, ó mas bien contando demasiado con la paciencia de los soldados, les insultaban cada vez mas, llegando hasta al punto de arrojarles piedras y otros objetos.

La tropa sufrió por algun tiempo esos ataques, hasta que al fin, ó sea que comprendiera mal las órdenes de su jefe, ó que este creyese llegado ya el momento de obrar, hizo fuego á los amotinados, á consecuencia de lo cual hubo seis muertos y varios heridos, entre ellos tres de mucha gravedad. Cual casi siempre acontece en casos semejantes, las víctimas eran personas curiosas.

El primero de nuestros grabados representa este combate de la *Espina*. Afortunadamente no todas las manifestaciones de los mineros, tuvieron igual desenlace, y nuestro segundo dibujo demuestra que con firmeza y presencia de ánimo, se suele calmar á la muchedumbre mas exaltada.

En el pozo de *Hazard*, la señorita Celina Gerard, acompañada de su hermano, viendo que llegaba una banda de obreros, detuvo á los jefes del motin y les preguntó qué era lo que querian.

— Queremos que todos los operarios suban y dejen el trabajo.

La señorita Gerard dió orden al mecánico Juan Sprumond para que hiciera subir á todos los que estaban en el pozo.

Uno de los amotinados amenazó cortar la cuerda, y entonces la señorita Gerard se adelantó hácia este hombre, y le dijo con energía:

— Os prohibo que toqueis á las cuerdas.

Y el hombre intimidado con este acto de valor retrocedió inmediatamente.

En suma, los desórdenes de Charleroi que han durado cerca de ocho dias demuestran un profundo malestar en la poblacion trabajadora. Las hulleras presentaban un aspecto tristísimo: el trabajo abandonado, los establecimientos devastados, un movimiento incesante de tropas de todas armas, pesquisas judiciales... ¡ese era el cuadro!

L. C.

Revista de Paris.

Hé aquí pasados los dias de Pascuas, en los cuales Paris ha vuelto á tomar toda la animacion que se observaba antes de la cuaresma. La temperatura fria y desapacible convida á las reuniones nocturnas, y así es que en la actualidad hay una recrudescencia de bailes y banquetes que cerrará espléndidamente esta temporada, en la que ciertamente no ha habido escasez de fiestas. Ahora, sin embargo, no durarán mucho los convites. De un dia á otro, al primer cambio de temperatura, en cuanto estemos á principios del mes de mayo, la sociedad parisiense que vive en esas pompas mundanas se esparcirá como de costumbre por las casas de campo de las cercanías de la capital, por las orillas del mar, por Alemania y por los Pirineos.

En esta semana han tenido lugar las primeras carreras de caballos en el bosque de Boulogne, y no obstante la inclemencia de la temperatura, asistieron á ellas numerosos espectadores. Era el lunes de Pascua, y por lo tanto la gente desocupada se apresuró á gozar de esta fiesta especial de la inauguracion, que es siempre la mas notable en los hipódromos parisienses.

Otra diversion habia que llamó tambien á la multitud, y es la feria del « pain d'épice, » que como ya hemos dicho á nuestros lectores, se abre el domingo de Pascua en la plaza del Trono, y se ha mostrado esta vez con el brillo y movimiento de todos los años. Cálculase aproximadamente que esta feria viene á producir como unos doscientos mil francos, con los cuales viven durante cierto tiempo mas de cien familias. La venta del susodicho pan da por término medio la cantidad de treinta y cinco á cuarenta mil francos, y los teatros de curiosidades, que son doce ó quince, y que tanto llaman la atencion del pueblo, hacen como sesenta mil francos, repartiéndose el resto entre los mil tenderos ambulantes que venden esa infinidad de artículos menudos de quincaillería, cristalería, juguetes, etc., donde lo útil anda siempre mezclado con lo supérfluo.

Para mediados de la semana está anunciado otro espectáculo que tampoco carecerá de curiosos, y es una ascen-

sion científica de M. Flammarion, ayudado por M. Eugenio Godard, que tendrá por objeto principal el examen de la humedad relativa de las diferentes capas de aire y el estudio de la electricidad atmosférica. El globo se elevará a las dos de la tarde del jardín del Conservatorio de artes y oficios.

Aun cuando el objeto puramente científico de esta expedición interese poco a la masa, la ascension en sí misma basta y sobra para que llame gente. ¿Qué cosa mas digna de admiración puede ofrecerse en verdad que estos viajes aéreos? Mientras no se descubre el modo de que eche a volar el hombre por esos espacios, los globos ejercerán siempre un atractivo irresistible. Sin embargo, quizás nos acercamos ya a ese deseado momento.

Parece ser que un ingeniero mecánico de Glasgow, M. Kaufmann, ha resuelto el problema inventando una máquina para volar que imita hasta lo posible la complicada organización del ave. El cuerpo, dicen los diarios que traen esta famosa noticia, se halla formado por una caldera de sección circular colocada horizontalmente, y cuyo diámetro disminuye en la parte anterior, terminando en un casquete esférico. El tender, ó depósito de agua y de carbon, se encuentra situado sobre el mismo eje, dejando un intervalo para la colocación de una máquina de vapor de sistema vertical y de 40 caballos de fuerza. La espiga del émbolo que sale por la parte superior, lleva una cabeza en su extremo, en la que se articulan dos palancas, una a cada lado, que comunican por sus extremos opuestos con dos árboles horizontales de una longitud próximamente igual a las tres cuartas partes de la longitud total del aparato. El movimiento rectilíneo alternativo del émbolo se transforma de este modo en circular alternativo sobre los árboles laterales. Cada uno de estos sirve de eje de oscilación a un ala sujeta fuertemente en su base por cuatro puntos situados a distancias iguales. Las alas tienen una longitud de 10 metros 50 centímetros, y presentan juntas una superficie de 41 metros cuadrados. Un péndulo ó espiga contráctil se halla fijo en la parte inferior y posterior del aparato, con una bola en un extremo que pesa 38 kilogramos, y tiene por objeto mantener la máquina en posición horizontal.

Todo el aparato está sostenido por cuatro ruedas cuando se halla en tierra. Su peso total es de 3,170 kilogramos. Las alas deben dar dos golpes por segundo.

Desgraciadamente no parece que las pruebas hechas con este aparato hayan sido decisivas, como quiere suponer su inventor.

Amarrada fuertemente la máquina para impedir el movimiento ascensional del aparato, y abierta la llave del vapor, el émbolo principió a comunicar su movimiento alternativo a las alas a gran velocidad, pero al poco rato se rompió una de ellas a 60 centímetros de la base, y el ala opuesta se hallaba a punto de averiarse de una manera semejante. Quitadas las alas, la máquina dió 1,500 golpes dobles por minuto. La presión del vapor era de 150 libras por pulgada cuadrada, ó lo que es lo mismo, 10 atmósferas próximamente. El inventor atribuyó la ruptura de las alas a su longitud excesiva; pero considerando en principio resuelto el problema de la aviación, se ocupa actualmente en construir una nueva máquina de 120 caballos, que ha de volar a la velocidad de 90 kilómetros por hora, llevando sitio para 40 personas, carbon para diez horas, agua para tres, y cuyo peso total se elevará solamente a 3,630 kilogramos, si hemos de dar crédito al inventor.

Deseamos que sus nuevos esfuerzos obtengan el feliz éxito que de ellos se promete.

Mucho progresan las ciencias en nuestro siglo, y por consiguiente debemos esperar descubrimientos incesantes; pero esto de dar alas al hombre nos parece una obra que no se ha de llevar a cabo fácilmente.

A propósito de estos progresos científicos, el diario oficial del imperio traza días pasadas una curiosa reseña tomada de un periódico alemán, que vamos a señalar a la atención de nuestros lectores.

Trátase de las sociedades de geografía, que son verdaderamente un producto de nuestro siglo, pues su existencia arranca de la fundación de la sociedad de geografía de París en 1821 por el dinamarqués Maltebrun. Esta sociedad tiene un presupuesto anual de 4,300 thalers y una subvención de 800 thalers por el Estado, y en 1865 contaba 333 miembros y corresponsales.

La sociedad real de geografía de Londres, fundada en 1830 por John Barrow, el célebre promovedor de los viajes al polo Norte y secretario del almirantazgo, es mucho mas importante, pues posee un presupuesto anual de 30,000 thalers y 3,334 thalers de subvención del Estado, con cuyos recursos señala premios para los descubrimientos geográficos, envía sin distinción de nacionalidad, hábiles exploradores a todas las partes del globo, y publica un periódico y el extracto de sus sesiones.

La sociedad de geografía de Bombay en las Indias fundada en 1831, cuyas obras suministran preciosos datos sobre las comarcas contiguas de Asia y Africa, depende de la sociedad de Londres.

La sociedad imperial de geografía de San Petersburgo es superior a la sociedad de Londres por sus recursos pecuniarios: posee un capital de 58,000 rublos, y publica ocho diferentes escritos, de los cuales los principales son las memorias y los boletines.

Todas las demás sociedades de geografía del mundo figuran en escala inferior a estas grandes sociedades de París, Londres y San Petersburgo; tienen menos recursos y menos socios,

Entre ellas, la fundada en 1828 en Berlin para el conocimiento general de la tierra, por Heinrich Berghans, con un presupuesto de 2,800 thalers, ocupa un puesto importante por sus notabilísimos trabajos científicos.

De las demás sociedades de geografía de la Alemania establecidas en Francfort, Darmstadt, Leipsig y Dresde, solo la última, fundada en 1863, para el conocimiento de la tierra, despliega una grande actividad.

La sociedad imperial de geografía de Viena, fundada en 1856 con un presupuesto de 4,500 thalers, no ha tomado un gran vuelo todavía.

De los demás países de Europa, únicamente la Suiza, los Países Bajos y la Italia poseen sociedades de geografía; la de Ginebra ha publicado ya buenos trabajos, y la de Delft ha contribuido, con una serie de interesantes escritos, a dar a conocer mejor las Indias neerlandesas, de que se ocupa exclusivamente.

La Italia poseía ya en el siglo XVII una especie de sociedad de geografía, la academia de los Argonautas, fundada en 1685, en su ciudad natal, por el geógrafo Coronelli, de Venecia, célebre en su época, academia que al parecer existió hasta la caída de la república en 1797.

La sociedad toscana de geografía, de estadística y de historia natural fundada en 1825 en Florencia, duró poco tiempo. Al cabo de diversas tentativas hechas desde mediados del siglo anterior por el geógrafo G. Balbi, para fundar una sociedad de geógrafos, hasta el año 1867 no hubo sociedad de geografía en Florencia.

De las de América, la mas antigua y activa es el Instituto geográfico-histórico del Brasil, en Rio Janeiro, que como la sociedad mejicana en Méjico, no se ocupa mas que en propagar el conocimiento de su propio país.

La sociedad americana de geografía existente desde el año 1852 en Boston y en Nueva York, ha hecho grandes servicios con sus publicaciones, en tanto que son muy poco conocidos en Europa los trabajos del Instituto geográfico-histórico de Buenos Aires; lo que si se sabe, es que ha iniciado el levantamiento del mapa general de la república Argentina.

En Asia, independientemente de la sociedad de Bombay, hay la sociedad bengaliana en Calcuta, y como ramificaciones de estas últimas, las sociedades de Hongkong y de Shanghai. Finalmente, en la Australia no existen hasta ahora mas que la Sociedad real de Victoria, en Melbourne, y el Instituto filosófico de Canterburg, en la Nueva Zelanda.

Tal es el cuadro completo trazado a grandes rasgos, de las principales sociedades de geografía que existen en el universo.

Ultimamente hablamos en estas revistas de la gran exposición marítima internacional que se prepara en el Havre y que será una de las fiestas del próximo estío, y hoy diremos que en París tambien se anuncian exposiciones que no dejarán de llamar la atención de los aficionados.

La Sociedad imperial y central de horticultura de Francia organiza actualmente una exposición a la que están convidados todos los horticultores franceses y extranjeros y que promete ser brillante.

Esta exhibición tendrá efecto del 1º al 8 de mayo en el Palacio de la Industria de los Campos Eliseos y se prolongará parcialmente hasta el 20 de junio, de modo que coincida con toda la duración de la de Bellas Artes. Con este fin habrá inmensos lotes de plantas de ornato en el jardín del palacio, que así se transformará en un vergel parecido al que tanto se admiró en el Campo de Marte.

En el primer período, es decir, del 1º al 8 de mayo, se admitirán y podrán presentarse al concurso todos los vegetales útiles ó de adorno, que ofrezcan un interés cualquiera para el arte agrícola, así como tambien aquellos objetos de arte ó de industria directamente relacionados con la horticultura.

Las recompensas, según anuncia el diario oficial, de donde tomamos estos datos, se compondrá de dos grandes medallas de honor dadas por Sus Majestades el emperador y la emperatriz; de una medalla de honor dada por el príncipe imperial; de grandes medallas de honor de oro dadas por varios personajes eminentes y de otras medallas que la Sociedad repartirá entre los laureados de su exposición.

Entre tanto hemos tenido estos días otra exposición en el mismo Palacio de la Industria, que ha sido visitada por muchos curiosos: una exposición de caballos de tiro y de silla.

Todo el circuito de la nave se había rodeado de vallas como un circo, y debajo del reló había una tribuna con colgaduras de terciopelo y cordones de oro. Los caballos se hallaban en unos compartimientos instalados bajo la galería del Mediodía. El suelo de la nave estaba enarenado y allí se probaban los caballos de montar y de tiro.

Los caballos que han figurado en este concurso hípico de 1868, que ascendían al número de 450, han parecido superiores a los del año anterior. En los de tiro principalmente había muchos de primer orden. El jurado ha concedido sesenta y cinco premios.

Creemos haber anunciado ya a nuestros lectores que se había fundado en París un concurso para la composición de un argumento de ópera. Ahora bien, la comisión encargada de juzgar las obras enviadas a este concurso, acaba de dirigir un informe al mariscal Vaillant, ministro de la casa del emperador y de Bellas Artes, en el cual M. F. Sarcy, su redactor, se expresa en los términos siguientes:

« Ciento sesenta y ocho competidores habían respondido al llamamiento de V. E. de fecha 1º de agosto de 1867, de modo que el jurado de examen, nombrado por los mismos

autores se ha hallado en presencia de ciento sesenta y ocho manuscritos.

» Desde luego ha procedido a una eliminación primera, apartando entre las obras propuestas aquellas que, por la naturaleza del asunto elegido, ó por la manera como estaba tratado, no podían entrar en línea y disputar el premio. Este trabajo, que ha sido sumamente largo, se hizo en el seno de la comisión, y ningún libretto ha sido rechazado sin que se haya leído y sin que haya precedido una votación en regla.

» Concluida esta operación quedaron en manos de la comisión 17 libretos que, por diversos conceptos, merecían a su juicio una atención particular. Seguidamente se emprendió un segundo trabajo de eliminación, al cabo del cual quedaron solo cinco obras que parecieron de una superioridad marcada. Entre estos cinco manuscritos se empeñó pues la lucha definitiva.»

Después de hacer el examen de estos manuscritos, el cual no puede ofrecer interés sino a los autores que los han enviado, el informe continúa diciendo:

« Un argumento que desde luego reunió todos los sufragios, nos ha parecido sobresaliente, y es el que se titula: *la Copa del rey de Thulé*. El mérito de este poema, que es el que proponemos para el premio, está a nuestros ojos fuera de toda duda. La leyenda, que ya por sí es poética, ha sido tratada con una gracia original; es una sucesión de cuadros fáciles de comprender, preciosos para la escena y que nacen naturalmente de una acción sencilla é interesante. El capricho del compositor tendrá ancho campo, sea que prefiera lo mas tierno que puede ofrecer el amor, ó los ensueños mas melancólicos: en toda la obra se observa un colorido luminoso y los versos están escritos con mucha corrección y una elegancia extraordinaria.

» La comisión propone por unanimidad a V. E. que conceda al autor de este libretto el premio del concurso, y antes de terminar este informe siente la necesidad de manifestar a V. E. todo el placer que le ha causado un resultado que sobrepuja sus esperanzas. Aun no conoce los nombres de los que se han distinguido así, y se felicitaría de que fuesen jóvenes sin nombre todavía, que con este primer triunfo se animarían seguramente a componer otras obras.»

Con efecto, los autores de *la Copa del rey de Thulé*, pues son dos, eran completamente desconocidos hasta hoy y se llaman Eduardo Blau y Gallait: veremos si la música que debe componerse se halla a la altura del libretto que ha merecido tan grandes elogios.

El autor que ha obtenido después la primera mención, es M. Chantepie y tiene veinte y dos años.

A propósito de premios, la Academia francesa acaba de conceder por unanimidad el que lleva el nombre de M. Thiers a M. Marius Topin, por su obra titulada: *La Europa y los Borbones en tiempo de Luis XIV*.

Este joven escritor había obtenido ya en 1863 el premio de elocuencia.

Nuestros lectores recordarán quizás el origen de este premio, destinado a la mejor obra de historia, publicado en los últimos tres años, y que la Academia francesa ha dado ahora por primera vez.

En 1864 la *Historia del Consulado y del Imperio* obtuvo el premio bial de 20,000 francos fundado por el emperador; pero M. Thiers aceptó solo el honor y consagró la referida suma a la creación de un premio trienal de 3,000 francos.

Los principales competidores de M. Marius Topin eran M. de Croze, *Felipe II, los Valois y los Guisas*; M. de Keratry, *Libro sobre Méjico*; M. de Cenac-Moncaut, *Historia del carácter francés*, etc.

Lo que ahora se espera con impaciencia en la Academia, es la recepción de Jules Favre que, según se dice, prepara un discurso que causará gran sensación, por su espíritu político. Esto era de esperar, y así como se ha visto al P. Gratry defender sus principios, el orador de la izquierda no puede desperdiciar tan bella ocasión para exponer los suyos. De esto resulta que la literatura se excluye mas y mas cada día del seno de la Academia francesa transformada hoy en un palenque político; no faltaba mas que el matiz democrático, y hé aquí que pronto va a hacer su aparición representado por la elocuente palabra de Jules Favre.

Para concluir con estas noticias académicas, diremos que las elecciones que deben hacerse a fin de llenar los puestos que han dejado vacantes M. Ponsard y M. Flourens, se verificarán el 14 de mayo. Los nombres de candidatos que hasta ahora se citan son los siguientes: Teófilo Gautier y Autran para el sillón de Ponsard, y Dumas y Claudio Bernard para el de Flourens, pues es de rigor que haya en el seno de la Academia francesa un miembro de la Academia de ciencias, con fama literaria. No se cree que estas elecciones que se preparan sean muy reñidas.

Poco tenemos que decir esta vez de los teatros. En la Opera se continúa haciendo *Hamlet*, la nueva ópera de Ambrosio Thomas, interpretada con maestría por Faure y la Nilson, y en los Italianos se dan definitivamente las últimas funciones de la temporada. Anúnciase sin embargo, para la semana próxima la primera representación de una ópera inédita del príncipe Poniatowski, autor de *Don Desiderio* y otras producciones; daremos cuenta a nuestros lectores del éxito que obtenga esta partitura, cuyo título ignoramos todavía.

MARIANO URRABIETA,



EL DESCENDIMIENTO

CUADRO DE VAN DYCK, GRABADO DE VOSTERMAN, REPRODUCCION HELIOGRAFICA DE M. A. DURAND.

Poesías religiosas

DE FRAY LUIS DE LEON.

PSALM. 103. BENEDIC ANIMA MEA.

Alaba, oh alma, á Dios. ¿Señor, tu alteza
 Qué lengua hay que la cuente?
 Vestido estás de gloria y de belleza
 Y luz resplandeciente.
 Encima de los cielos desplegados
 Al agua diste asiento.
 Las nubes son tus carros, tus alados
 Caballos son el viento.
 Son fuego abrasador tus mensajeros,
 Y trueno el torbellino.
 Las tierras sobre asientos duraderos
 Mantienes de continuo.
 Los mares las cubrían de primero
 Por cima los collados.
 Mas visto de tu voz el trueno fiero
 Huyeron espantados:
 Y luego los subidos montes crecen,
 Humíllanse los valles.
 Si ya entre sí hinchados se embravecen
 No pasarán las calles
 Los mares que les diste, y los linderos,
 Ni anegarán las tierras.
 Descubres minas de agua en los oteros,
 Y corre entre las sierras.
 El gamo y las salvajes alimañas
 Allí la sed quebrantan.
 Las aves nadadoras allí bañas,
 Y por las ramas cantan.
 Con lluvia el monte riegas de tus cumbres,
 Y das altura al llano.
 Así das heno al buey, y mil legumbres
 Para el servicio humano.
 Así se espiga el trigo, y la vid crece
 Para nuestra alegría.
 La verde oliva así nos resplandece,
 Y el pan da valentía.
 De allí se viste el bosque y la arboleda
 Y el cedro soberano,
 Adonde anida el ave, adonde enreda
 Su cámara el milano.
 Los riscos á los corzos dan guarida,
 Al conejo la peña.
 Por tí nos mira el sol, y su lucida
 Hermana nos enseña
 Los tiempos. Tú nos das la noche oscura
 En que salen las fieras.
 El tigre que racion con hambre dura
 Te pide y voces fieras.
 Despiertas el aurora y de consuno
 Se van á sus moradas.
 Da el hombre á su labor sin miedo alguno
 Las horas situadas.
 ¡Cuán nobles son tus hechos, y cuán llenos
 De tu sabiduría!
 ¿Por quién dirá el gran mar, sus anchos senos
 Y cuantos peces cria?
 ¿Las naves que en él corren? ¿la espantable
 Ballena que le azota?
 Sustento esperan todos saludable
 De tí, que el bien no agota.
 Tomamos si tú das: tu larga mano
 Nos deja satisfechos.
 Mas tornará tu soplo, y renovado
 Repararás el mundo.
 Será sin fin tu gloria, y tú alabado
 De todos sin segundo;
 Tú que los montes ardes si los tocas,
 Y al suelo das temblores.
 Cien vidas que tuviera, y cien mil bocas
 Dedico á tus loores.
 Mi voz te agrada, y á mí este oficio
 Será mi gran contento.
 No se verá en la tierra maleficio,
 Ni tirano sangriento.
 Sepultará el olvido su memoria.
 Tú, alma, á Dios da gloria.

PSALM. 106. CONFITEMINI DOMINO.

Cantemos juntamente
 Cuán bueno es Dios con todos, cuán clemente,
 Canten los libertados,

Los que libró el Señor de poderío
 Del áspero enemigo, conducidos
 De reinos apartados,
 De Oriente, de Poniente y cierzo frío,
 Del ábrego templado, que perdidos
 Por yermos no corridos
 Sin encontrar poblado vagueaban,
 Y ansiosos voceaban,
 Remedio de su mal á Dios rogando;
 El cual luego inclinando
 Su oído con piadoso
 Amor, salvo los puso en buen camino,
 Y colocó en reposo.
 Pues lóenle contino
 Porque hartó la hambre y alentado
 Hizo de ricos dones abastado.

Y digan: inmortales
 Loores, oh Señor, te den tus obras,
 Tu amor con los mortales,
 Las no vistas grandezas que en nos obras.
 Aquellos que encadena
 Moraron en horror en noche oscura,
 De hierros rodeados y pobreza,
 Padeciendo la pena
 Debida á su maldad, á su locura.
 Porque amargaron malos la nobleza
 De la divina alteza:
 Hollaron su consejo verdadero.
 Por donde les colmó el pecho mal sano,
 Sin que favor humano
 Les valga, de miseria y dolor fiero.
 Y libres del primero
 Error, vueltos al cielo
 Llamarán al Señor, que abra la estrecha
 Cárcel, y como al suelo
 La cadena deshecha
 Celebren el poder por quien quebradas
 Fueron las cerraduras aceradas.

Y digan: inmortales
 Loores, oh Señor, te den tus obras,
 Tu amor con los mortales,
 Las grandes maravillas que en nos obras.
 Y los hombres livianos,
 Que por seguir sin orden ni medida
 El deleitoso mal, la errada senda,
 Los miembros firmes sanos
 Hinchieron de dolor, y de la vida
 Perdieron la mas dulce y rica prenda;
 Que á la dura contienda
 No iguales, de la fièvre derrocados,
 Estando ya del todo al mal rendidos,
 Del vivir despedidos,
 Contra todo manjar enemistados,
 A la muerte llegados
 Con miserable lloro
 Pidieron tu favor, y tú al momento
 Les mandaste un tesoro:
 Ofrézcante por este beneficio
 Agradecido y justo sacrificio.

Y digan: inmortales
 Loores, oh Señor, te den tus obras,
 Tu amor con los mortales,
 Las no vistas grandezas que en nos obras.
 Tambien los que corrieron
 La mar en flaco leño volteando
 Por las profundas aguas, y probaron
 En el abismo, y vieron
 De Dios las maravillas grandes, cuando
 Mandándolo en los vientos se enojaron,
 Y las olas alzaron
 Al cielo furiosos: ya se apegan
 Con las nubes la nao, ya en el suelo
 Se hunde, y el recelo
 Atónitos los turba, ahila y ciega:
 El grito al cielo llega.
 Mas luego Dios llamado
 Las mares allanó, serenó el día,
 Y dentro el deseado
 Puerto con alegría
 Los puso. Pues los tales de eminente
 Canten de Dios los hechos á la gente.

Y digan: inmortales
 Loores, oh Señor, te den tus obras,
 Tu amor con los mortales,
 Las no vistas grandezas que en nos obras.

Dios secará las fuentes,
 Agotará los rios, y la tierra
 Viciosa yermará por los pecados
 De las malvadas gentes,
 Que moraban en ella, y de la sierra
 Estéril hará frescos verdes prados,
 Y pondrá allí plantados
 Los pobres donde hechos moradores
 La tierra labrarán que no envidiosa
 Alegrará copiosa
 Con rico y dulce fruto á sus señores;
 Y con dones mayores
 Irán siempre creciendo
 Ellos y sus ganados; porque el daño,
 Y el ir disminuyendo
 No nace del mal año,
 Mas de los malos dueños: y por tanto
 Sobre ellos verterá duelo y quebranto.
 Y dió al pobre riqueza
 Y sucesion ilustre, gozo al bueno,
 Para el malo tristeza,
 Y ponga esto el que es sabio dentro el seno.

El Descendimiento,

CUADRO DE VAN DYCK, GRABADO POR VOSTERMAN.

Van Dyck, como casi todos los grandes pintores, ha tenido diferentes sistemas: enérgico hasta la crudeza cuando se apropia el estilo de su maestro Rubens, llega exagerándole hasta producir extraordinarios efectos. Los lienzos de esta clase son raros relativamente; por lo regular, el eminente artista se inspiraba mas en los italianos, y en estos casos sus cualidades dominantes son la gracia, la elegancia, y una expresion sentimental que le es característica.

El *Descendimiento* que hoy publicamos, pertenece á un rico aficionado de Gante; el agua fuerte de Vosterman reproduce admirablemente el efecto de este cuadro, que con razon se clasifica entre las obras mas brillantes del primer estilo de Van Dyck.

Esta reproduccion no solo tiene para nosotros el interés de actualidad que le da la semana santa, sino que además nos permite ofrecer á nuestros lectores los resultados de un nuevo procedimiento de grabado, que sin duda hará grandes servicios al arte.

M. A. Durand es quien ha elevado este procedimiento á un grado de perfeccion desconocido hasta el dia. Desde Niepce de Saint-Victor, el inventor del grabado heliográfico, aunque se habian hecho muchas pruebas para grabar por medio del sol los dibujos fotografiados, ningun otro sistema habia dado resultados tan prácticos, ni reproducido con tanta fidelidad los matices y contornos del modelo.

El procedimiento de M. Durand permite hacer con una prueba de un grabado cualquiera un *cliché* ó molde que reemplaza exactamente en todo y por todo la plancha original: el agua fuerte, el grabado en acero y en relieve quedan trazados en algunos minutos por el sol sobre una nueva plancha que tiene la ventaja de aumentar ó disminuir segun se quieran las proporciones de la lámina reproducida.

Gracias á este sistema, se podrán desde hoy vulgarizar las obras de los maestros, y esparcir en el público copias fieles de esas magnificas estampas cuyas escasísimas pruebas van á sepultarse en las carteras de algunos coleccionistas opulentos. A. DE L.

El Joven ermitaño.

(Continuacion.)

Teodoro vió que el humo y las llamas no salian del centro de la tierra, y pronto conoció la causa que los producía: el viento habia hecho saltar algunas chispas sobre el monton de ramas y hojas secas que habia formado cerca del hogar; se habian incendiado y comunicado el fuego sucesivamente á la pila de leña, á la silla, á la mesa, al techo de tablas y hasta á los dos abetos que estaban á la puerta de la gruta y que parecian en aquel momento dos pirámides de fuego.

El pobre niño no comprendió en aquel momento toda la gravedad de su desgracia; reprendióse sin embargo su imprudencia y la poca precaucion que habia tomado contra el fuego. Sus utensilios de cocina, sus muebles, todo cuanto poseia habia perecido.

— ¡Desdichado de mí! exclamó, mi marmita está rota y ya no podré cocer mas pescados. Ya no tengo cántaro, y cada vez que tenga sed habré de ir á beber á la fuente; ni silla, ni mesa, ni techo bajo que abrigarme en los dias de lluvia!

Pero no era esto todo; poco tardó en apercibirse de

que sus aparejos de pesca, que para preservarlos de la humedad tenia colgados del techo de tablas, habian sido consumidos por el fuego.

— ¡Dios mio, Dios mio! ¡Qué desgraciado soy! esos aparejos eran mi solo medio de existencia. ¿Qué haré ahora, cuando no puedo reemplazarlos? Empleé todo el lienzo que tenia en hacer las trenzas; no puedo ir ya á la pesca, y héme aquí en peligro de morir de hambre. ¡Señor, Señor! venid á mi socorro para que no perezca de hambre en medio de estas rocas estériles.

Quiso dar algunos pasos en el estrecho valle, pero no pudo permanecer en él largo tiempo. La tierra estaba ardiente, la atmósfera abrasada, la resina derretida de los quemados abetos corria en arroyos, y un humo espeso le impedía respirar.

Teodoro se alejó de aquel sitio, que habia llegado á serle tan querido, y fué á sentarse, llorando, sobre una roca cercana.

— Si yo viviera entre los hombres, decia, este desastre quedaria reparado bien pronto, muy pocos sueldos me bastarian para reemplazar mis aparejos, mis muebles y mis vasijas rotas. Pero aquí, en esta soledad, el mal es irremediable. ¡Oh, qué felicidad es vivir en la sociedad de sus semejantes! allí al menos la fuerza de los otros vendria al socorro de nuestra debilidad; lo que tienen de sobra suple á lo que nos falta, y la mas pequeña ayuda por parte de ellos basta á sacarnos de apuros, en vez que, en la soledad, un desgraciado entregado á sí mismo está, por decirlo así, condenado á muerte. ¡Oh! si Dios se digna permitirme que vuelva entre los hombres, seré compasivo para con los desgraciados, y mis infortunios me habrán enseñado á aliviar los de los otros.

A la entrada de la noche, Teodoro quiso dirigirse á su gruta y tomó el camino del valle; la llama se habia apagado ya, pero las cenizas estaban aun demasiado calientes y el humo era demasiado espeso para poder penetrar aun. Se vió pues precisado á buscar otro albergue; mas, al hacer su provision de leña, habia cortado los abetos que estaban agrupados al lado del manantial, y se vió forzado á acostarse al aire libre sobre una roca. La tristeza y la inquietud no le permitieron cerrar los ojos un momento; pensaba mas que nunca en la casa de sus padres, en estos, en sus hermanos, y alzaba hácia la bóveda celeste sus ojos llenos de lágrimas.

Era una hermosa noche de otoño, algo fria, pero serena y estrellada.

— ¡Oh Dios mio, qué hermoso debe ser el cielo, qué felices seremos un dia cuando hayamos dejado la tierra, este lugar de tránsito y de destierro, para entrar en la gloriosa morada que es nuestra verdadera patria y nuestra casa paterna! á la manera que esta isla desierta, en la cual vivo solo y miserable, suspiro por la tierra donde mi padre me recibiria con tanto amor, así desearia estar á vuestro lado, Padre mio celestial, y vivir en vuestro reino. Comparada con el cielo, la tierra mas hermosa y mas fértil es un horrible y árido desierto. Por do quiera, en la tierra como en mi isla desierta, los hombres tienen mil males que sufrir; frio, hambre, miseria, pesares, enfermedades, muerte en fin, son su herencia aquí abajo. Pero allá arriba, en ese hermoso cielo, al lado vuestro, Señor, todas estas plagas son desconocidas, y reina una paz y una alegría verdadera y perfecta: hácia eso, pues, deben dirigirse nuestros deseos. Si en este momento viniese un buque para trasportarme al lado de mi familia, mi alegría seria completa; y deberia por el contrario, preferir que la muerte viniese á sacarme de este mundo, y me abriese las puertas de otro mundo mejor.

X.

AMIGOS EN LA MAR.

Tres años habian trascurrido ya desde el dia en que Teodoro habia sido arrojado por la tempestad en medio de aquellas rocas. Sus padres lo creian muerto, y solo esperaban volverlo á ver en el cielo. Sus otros hijos solo les daban motivos de contento. Marta, que habia entrado ya en los catorce años, era una jóven inteligente y laboriosa; Andrés, que solo tenia nueve años cuando Teodoro desapareció, tenia ya doce y secundaba activamente á su padre en sus tareas. Ambos tenian un carácter dulce y estaban bien educados.

Uno de los últimos dias de otoño, el padre les dijo:

— Hijos míos: puesto que la mañana se presenta buena y que el mar está perfectamente tranquilo, vamos á la isla Verde. Necesito cortar ramas de sauce, y entre tanto os acupareis vosotros en coger las nueces, que deben estar ya maduras. Tomad varios cestos, porque espero que habrá tanto fruto como el año en que perdimos á vuestro pobre hermano.

Partieron pues, y llegaron á la isla; cuando el padre hubo hecho su provision de ramas de sauce, se sentó con sus hijos al pié de un álamo para almorzar.

— Hijos míos, les dijo, bajo este árbol y en este mismo sitio comí por última vez con Teodoro.

Y les refirió nuevamente cómo habia sucedido, pintándoles con vivos colores la violencia de la tempestad y la desesperacion del pobre niño.

— Allí, allí, fué donde le ví por última vez; no obstante la altura de las olas, distinguia aun sus brazos alzados hácia el cielo, y de repente desapareció.

Los ojos del desventurado padre se habian llenado de lágrimas, y los dos hermanos lloraban con él. Luego

fueron á hacer la recoleccion de nueces; el árbol estaba cargado de fruto, y Andrés daba muestras de una viva alegría al llenar de ellas los cestos.

— ¡Qué buena cosecha hacemos este año! dijo la jóven; pero nuestra pobre madre está siempre triste en la época en que este fruto madura, porque le recuerda á Teodoro. Estoy segura que esta tarde cuando los vea, se ocultará de nosotros para llorar.

Llenos todos los cestos, el padre quiso volver á casa; pero Andrés le dijo:

— Papá, vamos á subir á quella montaña, desde donde debe distinguirse una gran extension de tierra y mar.

Marta mostró igual deseo, y el padre accedió y subió con ellos. El dia era bellísimo; el cielo estaba sereno, el aire puro y trasparente, y la vista se extendia por todas partes hasta una grande distancia: los niños estaban encantados con aquel bello espectáculo que se les ofrecia en lontananza. Andrés, sobre todo, manifestaba una grande admiracion.

— ¡Con qué claridad, decia, se distinguen todos los objetos por pequeños que sean! ¡Cómo se destacan y brillan á lo lejos las montañas, los valles, las rocas, los bosques, todas las aldeas, las alquerías y las quintas! Es imposible ver una miniatura mas linda.

— ¿Y nuestra aldea? añadió Marta; ¡qué graciosa y risueña es! ¡Ves nuestra cabaña, Andrés? allí, allí, blanca en medio de los árboles verdes; ¡qué chiquita es á esta distancia, las ventanas parecen puntos negros! parece un dado. Mira cómo matiza el otoño el verde de las selvas. ¿Y aquellas montañas tan altas? desde nuestra cabaña podriamos verlas si las otras cubiertas de bosque no nos las ocultasen. ¡Oh, qué grandes son todas las obras de Dios! y sin embargo, esto no es mas que la tierra; ¿qué será en el cielo?

Andrés se volvió entonces hácia el lado de la mar, y miró algun tiempo al horizonte.

— Papá, exclamó; mire Vd. ¿No sale humo, allá lejos, de en medio del agua?

El padre vió en efecto una columna de humo, que se elevaba en línea recta hácia el cielo, y cuya punta se inclinaba un poco impelida por el viento. Era precisamente el humo producido por el incendio que devoraba la provision de leña de nuestro pobre ermitaño.

— No sé qué pueda ser, dijo el padre; pero temo que sea acaso algun buque que se incendia en alta mar.

— ¡Oh, Dios mio! eso debe ser horrible, exclamó Marta. Dios tenga misericordia de esas pobres gentes, que solo pueden escapar del incendio para perecer en medio de las olas.

El padre tenia fijas sus miradas en aquella parte. El sol poniente reflejaba sobre la mar que parecia una masa de plata en efusion.

— Se me figura, dijo poniendo una mano sobre sus ojos, que veo allá abajo un punto negro de donde sale el humo; ¿lo veis vosotros tambien?

— Sí, sí, papá; respondió Marta, cuya vista era muy perspicaz. Lo distingo perfectamente, y tambien las dos puntas que lo terminan.

— Tambien yo lo veo, añadió á su turno Andrés; una de las puntas es mas alta que la otra.

— No es un buque, no; reflexionó el padre. Un buque no tiene esa forma, hijos míos, y sobre todo no apareceria tan grande á esa distancia: debe ser alguna isla de que yo no he oido hablar nunca. Ese humo prueba que está habitada.

— ¡Dios mio! ¡Si estuviese en ella nuestro Teodoro! dijo Marta.

— ¡Oh! sí, pensó Andrés; posible es, pues la tempestad lo impelió en esa direccion.

— ¡Qué felicidad, si viviese aun! exclamó Marta, conmovida de gozo y de esperanza.

— Nada es imposible para Dios, hijos míos; tal vez habrá conservado la vida al pobre niño.

— Pues bien, añadió Andrés; es menester que vayamos en seguida á buscarlo.

— Así pensaba hacerlo en cuanto fuese posible, respondió el padre, y para ello necesito proveerme de una barca mayor y de hábiles marineros. No perdamos tiempo y volvámonos á casa.

El padre hizo fuerza de remos, y pronto estuvieron de vuelta en tierra firme. Al llegar dieron parte de sus conjeturas á la madre, y ella participó de sus esperanzas, que pronto llegaron á ser casi una certidumbre: los niños mas pequeños se regocijaban como si hubiese sido hallado ya su hermano.

Varios vecinos fueron consultados sobre el particular, y sus pareceres fueron muy diferentes.

— ¡Cómo! decia el de voz mas estentórea; ¿de dónde habia de salir esa isla? En mi vida he oido hablar de ella. Se engaña Vd., vecino; será un buque que se ha incendiado.

— No, gritaba otro que queria darla de hombre entendido; no es un buque, sino lo que se llama un volcan. Yo he leído en un libro, que no es una cosa rara encontrar en la tierra, en medio del mar, esas montañas que vomitan materias inflamadas. ¡Que Dios nos libre de acercarnos á ellas! las llamas y las piedras encendidas no nos respetarian.

— Montaña ó buque, dijo un tercero, no iré por mil pesos; es viaje muy largo para barquillas como las nuestras.

— Yo no te pido tanto, Felipe, añadió un cuarto interlocutor, con que me des cien pesos, me arriesgo y paso la mar; pero no por un centavo menos.

(Se concluirá.)

Puente metálico de la plaza de Europa

(PARIS).

Hé aquí completamente terminada una obra considerable principiada en 1865 en la estacion Saint-Lazare. El dibujo que damos hará comprender á nuestros lectores toda la importancia de este trabajo, que consiste en un puente metálico colocado encima de los treinta y tantos rails de la línea del Oeste, sobre el sitio que ocupó la antigua plaza llamada de Europa, por debajo de la cual pasaban en otro tiempo dos túneles de piedra.

Con el fin de dar á los desembarcaderos el largo necesario para recibir trenes completos, esto es, de veinte y cuatro coches, derribaron aquellos túneles, construyeron pilares de piedra, y sobre ellos colocaron largas vigas de hierro batido, que sirven de descanso al tablero del puente. Sobre este tablero se cruzan las calles de Madrid, Berlin, Constantinopla, Lóndres, Viena y San Petersburgo.

El puente se compone de tres bóvedas de grande abertura por las cuales pasan los diferentes grupos de vias que arrancan de la estacion para el servicio de las diferentes líneas; se ensancha en forma de abanico en cada uno de sus extremos, y sus dimensiones son tan grandes, que aun reservando un ancho espacio para la circulacion de los coches, se han podido establecer en su centro, para la gente de á pié, dos refugios circulares, como los que se ven en los puntos mas frecuentados de la capital.

En vez de un puente de hierro batido, habria sido preferible de fábrica con grandes arcos, porque habria tenido un aspecto mas monumental y habria costado menos; pero no se ha podido hacer á causa del bajo nivel de la plaza de Europa, que habia disminuido la altura de que se podia disponer para el paso de las máquinas y de los trenes debajo del puente.

La hondonada comprendida entre la plaza de Europa y el puente Cardinet, está revestida á los lados de muros de piedra llamados de sostén, que han reemplazado las cuestas bastante escarpadas que se vieron antes á la izquierda de la via férrea, partiendo de Paris. Mas allá de estos muros hay hermosos muelles con magníficas casas. Finalmente, debajo de Batignolles, han abierto otro tunel paralelo á los otros dos que se construyeron primitivamente. Este tercer tunel, que se encuentra por el lado de la nueva calle de Roma, y en gran parte bajo el suelo de esta misma calle, permite distribuir entre mayor número de vias los trenes que salen ó que llegan, y cuyo movimiento es considerable en esta estacion de Saint-Lazare.

Efectivamente, de ella parten siete líneas, á saber:

1º Dos grandes, la de Paris al Havre, Dieppe y Fecamp, y la de Paris á Caen y á Cherburgo;

2º La línea del ferro-carril de circunvalacion inaugurada el año último;

3º Cuatro líneas de afueras: San German, Versalles (orilla derecha), Auteuil y Argenteuil. Esta última se contará muy luego en el número de las grandes, pues se trabaja activamente en prolongarla hasta Dieppe, por Pontoise y Gisors, y quizás se inaugurará este mismo año.

A consecuencia de todas estas obras, la estacion Saint-Lazare se ha ensanchado considerablemente. Desde la calle cuyo nombre ha tomado hasta la entrada de Batignolles, ocupa actualmente una superficie de 124,000 metros, y el número de sus muelles ó cuevas para el embarco y desembarco de los viajeros, se ha elevado de 12 á 20, á los cuales hay que añadir el gran muelle destinado al envio y recepcion de mercancías.

No parecerá esto demasiado si se toman en cuenta las cifras siguientes:

Durante el verano salen y entran cada dia de la semana 232 trenes de viajeros por término medio, y el domingo pasan siempre de 400. Luego hay los dias excepcionales, como por ejemplo, cuando corren las fuentes en Versalles, ó hay revista ó carreras en el bosque de Boulogne. En estos dias salen de la estacion Saint-Lazare hasta seis trenes por hora sobre una misma línea, y se reciben otros tantos; en tales momentos todos los muelles se utilizan simultáneamente, y apenas bastan al servicio á que están destinados.

No hay duda que este servicio es de los mas complicados y difíciles; y sin embargo, es de notar que jamás ha habido en esta línea ninguna de esas horribles catástrofes que de tiempo en tiempo se ven en otras, causando tan legítima y grande conmocion en todo el mundo.

Sea dicho esto al terminar en honor de la administracion de la estacion Saint-Lazare. C. P. D.

El ferro-carril del Pacífico.

(Continuacion.—Véase el N° 797.)

En las márgenes de American River, en el mismo sitio que representamos, vino á efectuarse uno de los mas grandes sucesos de la historia de América, ó por mejor decir, de la historia del mundo. En 1847 un pobre minero mormon descubrió el oro: Marschall encontró ese inagotable tesoro que durante tanto tiempo ha-



PARIS. — Puente metálico construido en la antigua plaza de Europa, por la compañía del ferrocarril del Oeste.

bia estado escondido en las soledades de la California.

En el American River, humilde afluente del Sacramento, Marschall practicó por primera vez el lavado del oro, operacion descrita por todos los periódicos del universo, y popular en todos los pueblos de la tierra. ¡Qué de sueños ha producido ese *Cañon*! ¡Cuántas veces los insaciables adoradores de la ciega diosa se han arrodillado en las orillas del rio que le atraviesa!

La California ha pasado ya de aquella edad heroica en que los tales adoradores corrian á ella

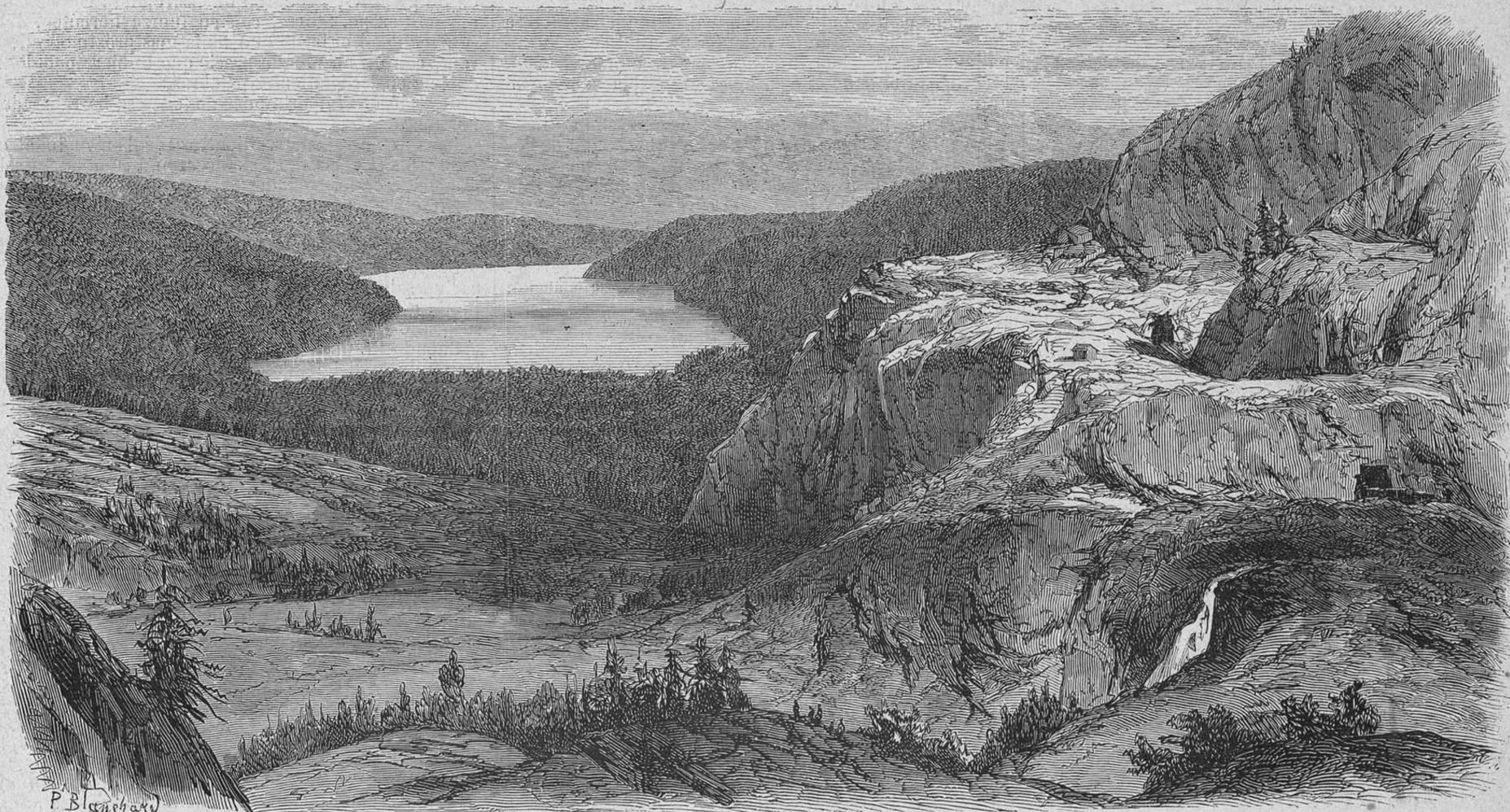


P. Blanchard

El ferrocarril del Pacifico. — El lago de Cristal.

dejándolo todo, mujer, hijos, amigos y fortuna. Pobre papel harian los aventureros que llegasen hoy con sus instrumentos al hombro. La simple vasija que hizo tantos prodigios ha caido en desuso, y ha sido reemplazada por una máquina mas complicada, mas sábia, que llaman *la cuna*. Para regar la cuna no basta que el operario vaya con un cubo al rio, sino que se necesita una corriente de agua que ha de llegar por una reguera, cuya construccion es lo mas urgente.

El distrito que hemos representado está todo lleno de

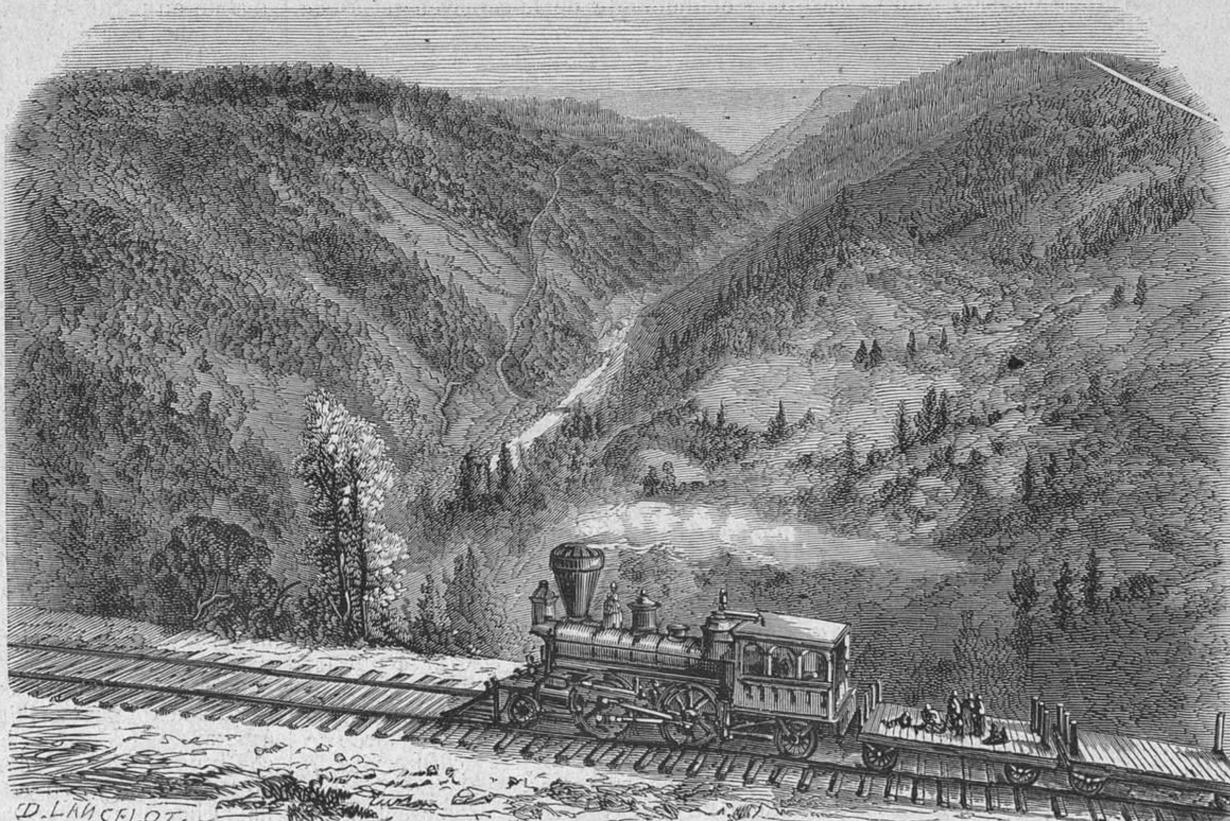


P. Blanchard

Donner Lake.

acueductos, que han sido edificados con una rapidez fantástica; en 1860 habia en la California lo menos 10,000 kilómetros de regueras.

Muy luego las cunas fueron insuficientes, y entonces inventaron unas máquinas mas poderosas aun y que llaman *Toms*. El agua que sale se recoge en regueras que tienen de largo muchos centenares de piés; así se posan la últimas partículas del oro que el agua arrastra por traviesas escalonadas á lo largo de su trayecto. Finalmente, en lugar de contentarse con tomar en los placers la arena, esto es, la roca triturada por la accion de los agentes atmosféricos, deshace el cuarzo que van á buscar en las profundidades de la tierra. La industria de hábiles ingenieros hace en algunas horas lo que la naturaleza abandonada



D. LANCELOT

American Canyon, vista tomada del terraplen de Cape Horn.

á sí misma habria tardado en hacer quizás centenares de siglos.

Así es que los ricos californianos tuvieron muy pronto sitios de recreo; sobre todo desde el establecimiento del ferrocarril. Aunque la estacion se encuentre á cierta distancia, Crystal Lake ha venido á ser un punto de reunion de los sportsmen. Los coníferos que envuelven por todas partes la plateada superficie de este lago tienen un aspecto grandioso. Esos gigantes forman como una especie de orla en torno de esa sabana de una maravillosa transparencia, pues nunca se aplicó mejor el nombre de cristal que á esas frescas aguas pobladas de exquisitas truchas. Un camino practicable todo el verano, permite ó los wagones llevar allí todos los objetos necesarios para la vida civilizada y aun refinada. En este

bonito sitio, que podría envidiar la Suiza, se encuentra una cocina deliciosa, camas perfectas, un amueblado casi suntuoso y buenos pianos, á veces afinados. Los precios no son excesivos, y sin arruinarse puede pasar allí una temporada un expedicionista europeo.

No todos los lagos que son muy numerosos en la comarca, tienen la misma fortuna. Donner Lake, situado en un distrito mas abrupto, ha conservado enteramente su aspecto salvaje. No hay casas de recreo que animen sus márgenes casi desiertas.

Hemos tratado de dar en nuestro dibujo una idea de su naturaleza austera y grandiosa. A la derecha se distingue la entrada de dos túneles separados entre sí por un inmenso barranco, en cuyo fondo se ha podido hallar medio de instalar la vía. La proporción que hemos dado á las locomotoras que marchan en primer término, hará juzgar lo que son los árboles gigantes que ocultan una parte de las orillas del lago, y sobre todo lo que es el mismo lago, cuyas aguas se pierden en un interminable horizonte.

W. HEINE.

(Se continuará.)

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuación.)

Reinaba entre los dos una tática inteligencia, una de esas relaciones sin consecuencia, que arrojan tanto encanto hasta en las existencias mas frias é indiferentes. Sabina veía en Antonio al amigo, tal vez al confidente de Fink, y Antonio sentía por ella un respeto sin límites, haciendo que su compañía fuera tan dulce y deliciosa, que algunas veces Sabina llegaba á conmoverse.

En la mesa, jamás hablaba de Fink, aunque ocupaba por completo su corazón; y cuando la tía encontraba cien ocasiones para recordar al amigo ausente, Antonio con toda la diplomacia de que era capaz, sabía parar todos los golpes y desviar la conversación hácia un objeto menos embarazoso.

También en el escritorio cambió la posición de Antonio. Hasta la fecha había sido uno de los ayudantes de campo de M. Jordan para la correspondencia de provincia; ahora estaba encargado de la correspondencia extranjera bajo las órdenes de su principal.

Se le confió la parte afecta en otro tiempo á Fink, y muy pronto adquirió algún tanto del despejo que tenía su amigo para tratar con M. Tinkels y para conocer la rizada lana de Hungría.

TERCERA PARTE.

I.

Un mal año vino á sumir en el estupor á todo el país. Un rumor de guerra resonó de pronto en Alemania, infundiendo la alarma en los Estados fronterizos del Este, de que nuestra provincia formaba parte. Las terribles consecuencias de este pánico general no tardaron en hacerse sentir. Los negocios encalmaron y el precio de las fincas y de las mercancías sufrió una baja considerable.

Cada cual procuró poner á buen recaudo sus intereses y retirarlos de la especulación: se exigió el reembolso de los capitales que se habían anticipado; fuertes sumas empleadas en empresas de alguna consideración, se vieron singularmente expuestas y la fortuna de muchos particulares comprometida.

Nadie se atrevía á emprender nuevas especulaciones. Los lazos que unían desde mucho tiempo atrás millares de hombres por un interés común se relajaron repentinamente y se rompieron en un instante. Cada existencia puesta mas ó menos en peligro se mantuvo á la expectativa, y aislándose se comprimía. No se veían por todas partes mas que rostros graves y miradas recelosas.

Todo el país ofrecía la imagen de un cuerpo paralizado; el dinero, que es la sangre del comercio, circulaba lentamente de una á otra extremidad del inmenso cuerpo. El rico temía perder mucho, y el pobre veía desaparecer hasta la posibilidad de ganar solo lo estrictamente necesario.

El porvenir presentaba un aspecto poco tranquilizador, sombrío y funesto, como el firmamento antes de una tempestad.

El grito aterrador de *Revolucion en Polonia* produjo horribles consecuencias en Alemania. Los aldeanos establecidos al otro lado de las fronteras se sublevaron excitados por antiguos recuerdos y por sus señores; mandados por sacerdotes fanáticos, infestaban las fron-

teras, detenían á los viajeros y los trasportes de mercancías, invadían, saqueaban é incendiaban los castillos y las ciudades pequeñas, procuraban organizarse militarmente bajo las órdenes de jefes entendidos, trasformaban sus hoces en picas, y sacaban de debajo sus camas viejos y enmohecidos fusiles.

Al fin, un día los insurgentes se apoderaron por sorpresa de una gran población inmediata á la frontera, se establecieron en ella y decretaron la creación de un nuevo reino de Polonia.

En nuestro Estado se reunieron tropas con la mayor brevedad posible, y se dirigieron hácia las fronteras para ocuparlas militarmente. Las locomotoras del camino de hierro puestas á servicio del público hacia poco tiempo, trasportaban tropas sin cesar; por todas partes se oía el toque de las cajas de guerra, y las calles de la capital se veían llenas de uniformes.

Los oficiales que acudían de todas partes desplegaban una grande actividad, compraban cartas geográficas, y pronunciaban brindis con toda clase de vinos; los soldados escribían á sus familias pidiéndoles algún dinero y encargando afectuosos recuerdos para sus parientes ó sus queridas. Las novias de los militares eran cotocidas en seguida por la palidez de sus mejillas y asustaban á sus madres ó amigos con el relato de sus terribles sueños de tiradores muertos y heridos; muchas madres de familia compraban lana, y con los ojos humedecidos por el llanto hacían calcetines para sus pobres hijos, prontos á partir para el ejército; sacaban del armario trapos viejos para hacer hilas, lo que había sido reconocido como muy útil después de la última guerra.

Muchos padres hablaban con mal disimulada entereza de las obligaciones de la valiente juventud de ir á combatir por el rey y por la patria, y para animarse algo, recordaban el daño que su heroísmo había causado al gran Napoleón.

Erase una bella mañana de primavera cuando llegó á la capital la primera noticia de la sublevación de Polonia. Ya, desde la víspera, vagos rumores habían despertado la curiosidad de los habitantes, y una multitud de comerciantes inquietos y de curiosos asustadizos se habían reunido en las gradas del desembarcadero.

Inmediatamente después de haberse abierto el escritorio de M. Schröeter, M. Braun, corresponsal de la casa, llegó solocado y sin aliento, y refirió, con la satisfacción interior que experimenta todo el que sabe una noticia, por mala que sea, que toda la Polonia y Galitzia, como también otros países limítrofes, estaban en completa insurrección, y que muchos viajeros y empleados pacíficos habían sido atacados y muertos.

Añadió que varias poblaciones fronterizas estaban ardiendo, y que un miserable *soudard* de Cracovia, adornado con un gorro colorado, había bailado al rededor de uno de sus primos, de la casa de los señores Braun, una rondalla bélica, con la hoz en la mano, con la intención formal de exterminarle; pero que llamado á la razón por una vigorosa caricia que su mujer le había hecho con una horquilla de remover estiércol, se había contentado con traspasar la gorra, que su primo, poseído de espanto, había dejado caer. El primo había corrido mas de cien pasos hasta el puente próximo á la frontera con la cabeza descubierta, donde había sido recogido por una avanzada de soldados alemanos, y había recobrado su serenidad con ayuda de un trago de aguardiente que bebió en la cantimplora de uno de los soldados, mientras el cracoviano partió blandiendo en la punta de su hoz la gorra hecha girones y dando voces como si hubiera alcanzado algún triunfo.

Estas noticias causaron á Antonio una gran consternación, y no le faltaba motivo para ello. Poco tiempo antes un emprendedor mercader de la Galitzia había expedido para la casa de Schröeter una remesa considerable de artículos de comisión, cuyo valor se elevaba á veinte mil escudos, y según costumbre, había cobrado ya casi todo el montante de la suma en letras de cambio.

El convoy de carruajes encargados del transporte de aquellas mercancías debía haber llegado precisamente en aquellos días al país sublevado. Además, otro transporte de frutos coloniales, expedido por la casa para la Galitzia, se encontraba también, según todas las probabilidades, en país enemigo.

Lo que debía causar sobre todo mayor inquietud, era que una gran parte de los negocios de la casa y de los créditos abiertos en ella, se encontraban concentrados en las provincias sublevadas. Antonio presentía con razón que á causa de la guerra, la mayor parte de estos intereses corrían riesgo de verse seriamente comprometidos.

Tomando en cuenta todos estos temores, Antonio corrió al encuentro de su principal, que bajaba precisamente la escalera, y le refirió apresurada y sumariamente lo que acababa de saber; entre tanto M. Braun se ocupaba en referir nuevamente á los otros empleados en el escritorio, la horrible historia de la danza del cracoviano; pero en esta segunda edición, singularmente corregida y aumentada, no fué solo la gorra del primo, sino también sus vestidos y sus botas las que cayeron bajo la hoz de aquel malvado.

Así es que el desgraciado primo llegó al puesto militar de la frontera nada mas que con la camisa puesta. Para rendir homenaje á la verdad, creemos tener obligación de añadir, que en la tercera versión el primo de su primo perdió hasta la camisa, que mas tarde le cortaron la cabeza, y que las mujeres enfurecidas le destrozaron el cuerpo con sus uñas.

M. Braun no podía ir mas lejos; era demasiado amigo de la veracidad, y el primo se contaba aun entre el

número de los vivientes, llevando la cabeza cubierta con otra gorra.

Entre tanto M. Schröeter prestaba su atención al sucinto relato de Antonio. Se detuvo un instante en la escalera guardando silencio, y Antonio, que le observaba con cierta ansiedad, creyó observar que tenía el rostro algo mas pálido que de costumbre; pero sin duda se engañaba, porque el comerciante, mirando por encima de la cabeza de Antonio á los cargadores que inquietos se habían agrupado en el vestíbulo, les dijo con el tono breve é incisivo que había causado respeto con frecuencia á nuestro héroe:

— Sturm, retirad ese tonel que impide el paso. Vamos, muchachos, daos prisa que el carretero va á partir dentro de una hora.

Sturm volvió hácia M. Schröeter su ancha cara en la que se notaba alguna aflicción, y señalando á la calle con su gigantesca mano, dijo con desaliento:

— ¿Oís el tambor? toca generala. La danza principia, nuestros soldados emprenden la marcha. Mi Carlos parte también vistiendo el uniforme de húsar. ¡Ah, qué desgracia! ¡ah, señor, qué será de nuestras mercancías!

— Lo que está pasando es un motivo poderoso, hijos míos, contestó el principal sonriendo, para que os deis prisa. La mensajería parte para la frontera, y la carga se compone de azúcar y ron. En la estación fría que atravesamos, es necesario que nuestros soldados puedan beber un vaso de ponche.

Esta reflexión respirando humanidad en favor de los defensores de la patria, llenó de satisfacción el corazón de los gigantes, y soltaron una estrepitosa carcajada. Al mismo tiempo, Sturm, con su fuerza hercúlea, hincó su gancho en el fardo que tenía mas próximo, y le levantó con un aire de desprecio que hubiera podido traducirse en las siguientes palabras:

— ¿Qué nos importa pues de toda esa barrabasada de Polonia?

Los otros cargadores, mientras rodaban el tonel que interceptaba el paso, se chancaron á su manera sobre el ponche de los soldados.

M. Schröeter, volviéndose á Antonio, dijo:

— Esas noticias no son muy satisfactorias, pero tal vez hay en ellas alguna exageración.

Después de expresarse de este modo, entró en el despacho, saludó á M. Braun mas cordialmente que de costumbre, y se hizo contar de nuevo por él la historia de su primo y los demás rumores que corrían.

Cuando Braun hubo salido, M. Schröeter tomó un aire tranquilo, y dirigiéndose á los demás empleados en el escritorio, les dijo:

— Espero que mis mercancías habrán llegado ya á la frontera; los carromateros, por temor de perder sus caballos, obrarán con prudencia, y evitarán caer en manos de los insurgentes. Si los carros están en territorio enemigo, tendremos que ver cómo los sacamos de allí.

E inclinándose hácia Antonio, añadió en voz mas baja:

— Escribid en seguida á la administración de aduanas y á nuestro comisionado en la frontera. Seguramente partirán trenes especiales en esa dirección; por el de esta noche podemos tener una contestación, y mañana las noticias adelantarán mucho mas.

Quedando de este modo descartado de las ocupaciones del día este importante asunto, todo recobró en el escritorio su curso habitual. M. Liebold continuó sus interesantes apuntaciones en el gran libro. M. Purzel formó los escudos á montones y puso fajas á grandes paquetes de bonos del tesoro, y M. Pix, armado de su negro pincel, al lado de la balanza, continuó pintando geroglíficos en las arpilleras de los fardos, é hizo manibrar, como siempre, á paso de carga, á los mozos del almacén y á los cargadores.

El principal, dirigiéndose á M. Jordan, pidió las cartas que se habían recibido por el correo, las que confirmaban en parte las noticias de guerra, indicó las contestaciones que debían dirigirse á los corresponsales, y las entregó á diversos dependientes.

En seguida empezaron á presentarse los agentes y corredores, y como de costumbre, el comerciante, sentado detrás de su bufete, hizo ligeras observaciones, ó pronunció algunas lacónicas y tranquilizadoras palabras cuando los cofrades y sus clientes se extendían demasiado sobre los temores de una guerra civil. Los intermedios y apartes fueron mas animados que de ordinario.

En la comida se conversó tan tranquilamente como si no hubiera un solo aldeano polaco que blandiera su hoz. Después de comer, el comerciante salió á pasear en coche con su hermana y alguna señora conocida. Los mercaderes atónitos, al verle pasar, exclamaban:

— Se está paseando tan tranquilo como si nada sucediera, y sin embargo, sabe como los demás lo que ocurre. ¡A fe mía, que es una gran cabeza! ¡Ese es todo un hombre!

Antonio estuvo todo el día entregado á una sobreexcitación nerviosa tal como nunca la había experimentado. Se sentía oprimido é inquieto, pero esta emoción tenía sin embargo su atractivo, pues se esperaba un suceso notable. Sentía vivamente el peligro que amenazaba á la casa y á su principal, pero sin abatirse ni amilanarse.

Parecía que tenía alas en las piernas y en los brazos, su pluma volaba escribiendo las cartas mas indiferentes; á pesar de la idea del peligro de que su alma se hallaba continuamente ocupada, su concepción jamás había sido tan rápida, ni su estilo mas claro y preciso. Jamás había hecho con tanta prontitud los cálculos de los cobros y pagos. Eran estos momentos de una actividad

devoradora y casi gozosa de la que él mismo se apercibió sorprendido. En M. Schröter observaba las mismas disposiciones; él también tenía la vista brillante y el paso precipitado al atravesar los diversos departamentos del escritorio.

Jamás Antonio había sentido como en este momento tanto respeto por su principal, que le parecía trasfigurado, y con fogosa alegría se dijo á sí mismo:

— Hé aquí la poesía del comercio. No sentimos ese ardor y esa fuerza mas que cuando es preciso navegar contra la corriente. Cuando el mundo supone que no hay entusiasmo en nuestros tiempos y sobre todo en nuestra clase, es porque no sabe lo que es grande y bueno. ¡Que fije pues una mirada en ese hombre! Todo lo que ama con todo su corazón, su negocio, el resultado de toda una vida de actividad, su alegría, su orgullo, su felicidad, ¡todo está actualmente en peligro! Pues bien, á pesar de eso, conserva su sangre fría, está ahí en su escritorio, escribe cartas para que se verifiquen ciertas compras, da su parecer sobre varios asuntos graves, y hasta creo que rie en su interior.

Esto era lo que se decía á sí mismo Antonio, cuando por la noche cerraba los papeles en su pupitre, y se iba con los otros dependientes á la parte interior del edificio donde acostumbraban reunirse.

Sus colegas también dieron expansión á sus sentimientos; se sentaron en el salón de Jordan y se pusieron á hablar con cierta emoción, mientras tomaban una taza de té, de la novedad del día y de su influencia en los negocios. Todos admitían la posibilidad de que la casa de Schröter sufriera algunas pérdidas, pero todos ellos eran hombres capaces de salvar mas de lo que pudiera hacer cualquiera otra casa.

M. Specht aseguró, abrigando mejor esperanza, que en todas las insurrecciones se consumían enormes cantidades de frutos coloniales, y que la casa Schröter haría brillantes ganancias expidiendo licores hácia la frontera. Si la insurrección duraba solamente tres meses, todas las pérdidas posibles se verían reembolsadas con usura, porque todos beberían, amigos y enemigos.

M. Jordan dijo al fin que nadie podía adivinar el sesgo que tomarían los negocios. Habiéndose admitido por la mayor parte esta opinión tan nueva como sólida, cada cual se retiró á su cuarto. A través del ligero tabique que separaba su cuarto del de M. Baumann, Antonio oyó á este que antes de acostarse, rogaba á Dios por la casa y por el principal. Antonio se sintió tan conmovido, que estuvo paseándose agitado por su cuarto hasta que la luz vaciló y que el gato de yeso, colocado sobre su mesa de escribir, parecía estremecerse y agitarse con febril temblor.

Estaba ya la noche bastante adelantada cuando el criado entró silenciosamente en el cuarto de Antonio, y le dijo á media voz que M. Schröter deseaba hablarle inmediatamente. Antonio siguió al criado y penetró en el cuarto de su principal. Este tenía delante un cofre lleno de ropa de uso y blanca. Su cartera estaba á un lado sobre la mesa, como también la señal infalible de un largo viaje, la gran caja inglesa de cigarros forrada de piel de búfalo. Esta caja, que contenía cien cigarros, causaba hacia mucho tiempo la admiración de M. Specht, y era para todos los del escritorio como una enseña de guerra, que no se ponía nunca en el coche mas que cuando el comerciante emprendía algun viaje extraordinario. Sabina estaba ocupada en sacar de un cajón y liar todo cuanto en su tierna solicitud creía poder ser útil al viajero. Dirigió una rápida mirada á Antonio, y bajó la cabeza al ver pintada en la fisonomía del joven la expresión del sentimiento que á ella la embargaba. El comerciante acudió amigablemente al encuentro de Antonio:

— Os he mandado llamar algo tarde, casi temía que estaríais ya acostado.

Al oír la contestación de Antonio manifestando que las emociones del día le habían impedido dormirse, una nueva mirada de Sabina se fijó en él. Esta mirada inquieta, llena de profundo reconocimiento, conmovió tan fuertemente á Antonio, que calló de repente para no dejar traslucir su agitación.

Peró su principal le dijo sonriendo:

— Sois todavía joven. La sangre fría se adquiere con la edad. Es necesario que parta mañana para cerciorarme por mis ojos del estado de las cosas. Los polacos, me han dicho que guardan muchos miramientos con nuestros compatriotas. Es hasta posible que crean que nuestro gobierno se incline á su favor. Esta ilusión no puede durar, pero me parece que no haremos mal en aprovechar esta circunstancia favorable para salvar nuestras mercancías. En vuestra mano habeis tenido la correspondencia, y sabeis perfectamente lo que me toca hacer. Parto para la frontera, y sobre el mismo terreno pensaré las medidas que debo adoptar.

Con una angustiosa atención, Sabina aplicaba el oído á lo que decía su hermano, procurando leer en su fisonomía lo que callaba para no asustarla. Pero Antonio comprendió el sentido de sus ambiguas palabras. M. Schröter atravesaba la frontera y se trasladaba al país insurrecto.

Atendido lo cual dijo con voz suplicante acercándose á su principal:

— ¿No podría yo ir en lugar vuestro? Comprendo, es cierto, que no tengo todavía el derecho de pedir una muestra tan grande de confianza, pero mi celo, señor, suplirá por mi inexperiencia.

Al hablar así las mejillas de Antonio ardían. En este momento hubiera sido capaz de disputar los fardos propios de su principal á todos los cracovianos del mundo.

— Me agrada oír hablar de ese modo, y os agradezco

vuestro buen deseo, contestó M. Schröter; pero no puedo aceptar vuestra proposición. Este viaje puede tener sus dificultades, y como son mis intereses los que están en juego, es muy justo que sea yo mismo el que los vigile.

Antonio mortificado bajó la cabeza.

— Mi intención formal es, por el contrario, respondió M. Schröter, dejaros aquí encargado de instrucciones precisas para el caso en que yo no esté de vuelta mañana por la noche.

— Sabina, vivamente afectada, cogió la mano de su hermano y le dijo en voz baja:

— Llévale contigo.

Este apoyo inspiró mayor valor á Antonio.

— Si no quereis dejarme partir solo, permitidme á lo menos que os acompañe. Tal vez podré seros de alguna utilidad. Este es uno de mis mayores deseos.

— Llévale, repitió Sabina insistiendo de nuevo.

El negociante trasladó lentamente su mirada del rostro de su hermana al de Antonio radiante de adhesión, y cediendo al impulso de un celo tan puro, contestó:

— Pues bien, sí, consiento en ello. Mañana me acompañareis hasta la frontera. Si debiera permanecer ausente por mas tiempo, tal vez será bueno que pueda informaros sobre el mismo terreno. Entre tanto Jordan despachará los negocios corrientes. Es necesario que nuestra marcha no se divulgue por la ciudad, y ahora, señor Wohlfart, idos á descansar. Uno de los criados aguarda en la estación el arribo de los trenes que deben venir esta noche, por los cuales se me ha ofrecido una respuesta positiva, y si es tal como la presumo, partiremos en el primer convoy. Buenas noches, amigo.

Antonio saludó dando las gracias, y antes de salir de la estancia vió á Sabina que de nuevo se arrojaba en brazos de su hermano con un movimiento apasionado. Cuando Antonio se encontró en su cuarto, colocó algunos efectos y alguna ropa blanca en una balija, sacó las pistolas damasquinas que Fink le regaló antes de partir, se echó medio vestido encima de la cama y no se durmió hasta muy tarde. Hácia la madrugada fué á despertarle un criado que llamó suavemente á la puerta y le participó que se habían recibido las cartas que se esperaban por el camino de hierro.

Antonio se apresuró á presentarse en el escritorio, donde encontró á M. Jordan y á su patron, que conversaban animadamente. Sin interrumpir la conversación, M. Schröter le gritó desde la puerta:

— Partimos al instante.

— Esto me gusta, dijo Antonio entre sí. Vamos á un país enemigo, nos batiremos con los campesinos armados de hoces, y les obligaremos á que nos restituyan nuestras mercancías, porque á juzgar por las disposiciones del principal, no es cuestión de cedérselas.

Jamás había cerrado Antonio la puerta con tanto estrépito, subido la escalera con mas velocidad ni sacudido tan fuertemente la mano de sus compañeros que lo verificó en este momento. Al pasar por el vestíbulo sumido en la oscuridad, percibió á su lado un ligero rumor. Era Sabina que se acercó á él rápidamente y tomándole la mano le dijo:

— Wohlfart, protegéd la vida de mi hermano contra cualquier peligro.

Antonio, lleno de entusiasmo, ofreció con un gozo indecible que defendería á M. Schröter á costa de su vida, y llevando la mano al bolsillo de su sobretodo como para cerciorarse de que no olvidaba las pistolas cargadas, subió al coche, animado de los sentimientos mas nobles y deliciosos que un héroe puede haber experimentado jamás. Corría en busca de aventuras, estaba orgulloso de la confianza con que le honraba su principal, y las delicadas relaciones en que acababa de entrar respecto al venerado ídolo de la casa, le realzaban á sus propios ojos. Se sentía feliz.

El vaporoso corcel empezó á arrojar espuma y se lanzó á través de la ancha llanura como un troton salido de las cuadras de Belcebú. En todos los wagones del tren no se veían mas que soldados sentados encima de los paquetes y de los fardos, sacando la cabeza por las ventanillas de los furgones; por todas partes bayonetas, cascos, mochilas, ollas de campaña y cajas de guerra. En todas las estaciones se veían grupos de curiosos; por todas partes se oían preguntas y respuestas cogidas al vuelo; noticias desgarradoras, rumores terribles y relaciones fabulosas. Al llegar al primer desembarcadero, Antonio experimentó cierta alegría al separarse de su acompañamiento militar y verse otra vez solo con M. Schröter en una ligera silla de posta, que les conducía á la frontera con la velocidad del viento. En el camino real, mas solitario que de costumbre, donde reinaba la calma y el silencio, nuestros viajeros no encontraron cerca de la frontera mas que algunos destacamentos que regresaban de las guarniciones del contorno. Los soldados cantaban alegremente como si fueran á un campo de maniobras; de cuando en cuando el bufón de la compañía desahogaba su sarcástico humor contra los paisanos, que sabían correr bien; algunas veces un oficial montado á caballo, conocido del comerciante, se acercaba al coche á saludarle, y otros, tomándose mas libertad, le rogaban que les reservase un lecho para la noche.

En lugar de conversar con Antonio de negocios mercantiles, el comerciante habló de asuntos indiferentes con calma y suavidad, de sucesos en que había tomado parte, del género de vida que se hace en las fronteras, de los contrabandistas y aduaneros, y trató á su compañero de viaje con la dulce amabilidad que el mayor de dos camaradas se complace en atestiguar al mas joven. Únicamente M. Schröter manifestó cierta repugnancia

por las pistolas, lo que amortiguó un poco el ardor marcial de Antonio, porque en la segunda estación, cuando este sacó con tiento las armas de la bolsa de un coche para trasladarlas á otro, el principal echó una mirada de desaprobación á los mortíferos instrumentos, y cuando los viajeros dejaron atrás las últimas casas, señaló con el dedo las dos culatas que asomaban pacíficamente su cabeza fuera de la bolsa, y dijo á Antonio:

— No creo que podais abrigar la esperanza de reconquistar nuestras mercancías haciendo uso de esos juguetes. ¿Están cargadas?

Antonio dió una contestación afirmativa, añadiendo con una belicosa seguridad mal comprimida:

— Son dos cañones de carabina.

— ¿De veras? dijo M. Schröter con seriedad.

Sacó las pistolas de la bolsa del carruaje, mandó al postillon que hiciera alto, y las descargó tranquilamente.

— Vale mas que nos contentemos con hacer uso de las armas que tenemos costumbre de manejar, añadió con dulzura devolviendo las pistolas á Antonio; nosotros somos hombres pacíficos y no deseamos otra cosa que recobrar lo que nos pertenece. Si no conseguimos que nos lo restituyan convenciendo á los otros del derecho que nos asiste, lo demás es tiempo perdido. Sin que nosotros lo hagamos, se quemará inútilmente mucha pólvora. Esos son gastos que no traen ninguna utilidad, son dispendios que arruinan al país y á sus habitantes. No hay ninguna raza á la que sea menos peculiar que á la slava el adelantamiento por el empleo del capital en las vías de la humanidad y de la instrucción. Lo que esas gentes atesoran en el seno de la ociosidad opriniendo á las masas estúpidas, lo invierten locamente en realizar los sueños de su imaginación. Entre nosotros solo las clases privilegiadas se entregan á esas excentricidades y la nación puede en rigor soportarlas. Pero en Polonia las clases privilegiadas tienen la pretension de representar al pueblo. ¡Como si los nobles y los siervos pudieran formar por sí solos un Estado! No tienen para ello mas autoridad que esa manada de gorriones parada en los árboles. Lo mas sensible de todo esto, es que nos vemos obligados también á sufragar con nuestro propio dinero sus desgraciadas tentativas.

— Porque no se conoce entre ellos un tercer estado; dijo Antonio con marcadas muestras de aprobación.

— Eso quiere decir que no tienen cultura, continuó el negociante. Es muy curioso observar lo difícil que es encontrar en un pueblo una clase media que represente el progreso y la civilización, y dé á una masa de agricultores diseminados en un vasto territorio una constitución política.

— Y sin embargo, en esa ciudad sublevada está Conrado Günther, y luego la casa de los tres Hildebrand en Galitzia, objetó Antonio.

— Esos son muy honrados, respondió M. Schröter, pero todos son extraños en el país; el espíritu público no tiene ninguna consistencia y no pasa á la siguiente generación. Lo que se llama ciudades en ese país, no presenta mas que una débil sombra de las nuestras, y sus habitantes no tienen las dotes que forman de la clase media laboriosa una de las primeras de un país.

— ¿De las primeras?

— Sí, querido Wohlfart; en los tiempos primitivos los hombres eran libres y todos en el fondo eran iguales. Vino luego la semibarbarie de los privilegiados libres y de los siervos unidos á la plebe. Y solo desde que nuestras ciudades han adquirido cierto desarrollo existen Estados civilizados en el mundo; despues de esta época únicamente se ha descubierto el gran misterio, de que el trabajo del hombre libre ennoblece á un pueblo y le asegura una larga duración.

Al declinar la tarde, los viajeros llegaron al último límite de la frontera. Era este una pequeña aldea que aparte de la aduana y de las casas habitadas por los empleados, no se componía mas que de algunas miserables chozas y de una mala taberna ó figon. En la plaza principal, entre las casas y al rededor de la aldea, vivaqueaban dos escuadrones de caballería que habían establecido un cordón militar á lo largo de un angosto riachuelo y custodiaban la frontera con un destacamento de cazadores.

En la hospedería había un movimiento desordenado; soldados que entraban y salían; húsares y cazadores casi hacinados unos encima de otros, estaban sentados en una reducida sala; los dolmanes de brillantes colores y los uniformes verdes estaban acampados al rededor de la casa, sentados en sillas, tablas, listones, vacilantes toneles, y en fin, en todo lo que podía servir de asiento. Todos aquellos hombres obrando sin ninguna clase de cumplimiento y disponiendo como dueños absolutos de todo cuanto el figon encerraba, causaban á los ojos de Antonio el efecto de otros tantos señores Pix.

El posadero judío recibió con saludos y calorosas exclamaciones al negociante, á quien conocía mucho; gracias á su diligente actividad, el último reducto que quedaba vacante fué ocupado y puesto á disposición de nuestros viajeros. Era este un rincón cerrado por medio de un tabique, donde á lo menos pudieron pasar solos la noche.

Apenas se apeó del carruaje el comerciante, cuando cinco ó seis carromateros le rodearon dando gritos de alegría; eran los conductores de los carros despachados hacia pocos días por la casa de Schröter. Sin embargo, no habían dejado de sufrir alguna contrariedad. El mas anciano de los conductores refirió que habían traspasado ya la frontera, cuando la aparición de una partida

